

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



LA CRISIS DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

Ante la renuncia
de Su Santidad
Benedicto XVI

El extravío de la
razón en el mundo
actual

La extinción
de Occidente

El ateísmo como
soporte ideológico
de la democracia

Santa Catalina
de Siena, la buena
consejera



Miniatura para *La ciudad de Dios*

«Los sistemas ateístas de la modernidad constituyen los ejemplos más aterradores de una pasión religiosa desprovista de su propia naturaleza, enfermedad de la mente humana que amenaza la vida. Cuando se niega a Dios, en vez de construir la libertad, se la despoja de sus bases y por consiguiente se la distorsiona.»

JOSEPH RATZINGER: «Verdad y libertad», *Humanitas* 14 (1999)

Sumario

Ante la renuncia de Su Santidad Benedicto XVI	3
San Pedro apacienta la Iglesia. «Lectio divina» de Su Santidad Benedicto XVI	4
El extravío de la razón en el mundo actual <i>Martín F. Echavarría</i>	6
Dawson y el mundo moderno <i>María Reyes Jaurrieta Galdiano</i>	9
La extinción (demográfica) de Occidente <i>Javier Barrycoa</i>	13
El ateísmo como soporte ideológico de la democracia <i>Francisco Canals Vidal (†)</i>	17
Si «Dios no existe»... el mal es obligatorio <i>José M.ª Petit Sullá (†)</i>	21
Centenario de la pastoral «El Sant Sacrifici», de José Torras i Bages <i>Miquel Bordas Prószyński</i>	25
Catalina de Siena, la buena consejera <i>Guillermo Pons Pons</i>	28
Una historia de conversión. Manuel García Morente <i>Laura Indart Luna</i>	32
Los mártires, testigos de la fe. San Jacques Berthieu <i>Francesc M.ª Manresa Lamarca</i>	34
Doctores de la fe. San Buenaventura <i>Fra Valentí Serra de Manresa, OFMCap.</i>	36
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	38
Contemplando la vida de Cristo. Después de la primera multiplicación <i>Ramón Gelpí</i>	39
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	41
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	44

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
08002 BARCELONA
Redacción: 93 317 47 33
E-Mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración y fax: 93 317 80 94
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

HEMOS recibido con sorpresa, como todo el mundo, la noticia de la renuncia de Su Santidad Benedicto XVI. Conscientes de que el Espíritu Santo rige la nave de la Iglesia, tenemos la seguridad de su asistencia ahora y siempre y esperamos confiados la elección de su sucesor. En el próximo número de **CRISTIANDAD** esperamos glosar, Dios mediante, la figura de Benedicto XVI y poder saludar, sumisos, la del nuevo pontífice.

El presente número, al igual que los otros del presente Año de la Fe, está dedicado a exponer un tema que nos interpela: una vez rechazada la religión cristiana, ¿ha llegado la Civilización Occidental a su ocaso? En los artículos que presentamos se nos van presentando diversos aspectos de dicho decaimiento. El primero de ellos expone cómo el mundo moderno ha llegado a la pérdida de la razón. El autor muestra que la causa de esta pérdida no es la capacidad de razonar sino que está en la captación de la realidad por la razón. Es la labor de la inteligencia lo que falla; si la inteligencia ya no busca la verdad, la razón carece de todo valor y lleva a la deformación de todo en la vida de la persona.

A inicios del siglo xx la Civilización Occidental, ya emancipada de la Iglesia, se manifestó como el culmen de la cultura y con una gran confianza en el futuro. Desde la Revolución francesa consideraba que los avances filosóficos y científicos la habían colocado en una situación cuyo avance no tendría fin. Así la fe en la perfectibilidad moral y el progreso indefinido de la raza humana tomó el relevo a la fe cristiana. Pero este nuevo enfoque de una civilización secularizada ha sido el principal factor que la ha llevado a su ocaso.

Como afirmaba Toynbee, las civilizaciones mueren, no por asesinato sino por suicidio y esto es lo que está sucediendo con la Civilización Occidental, que ha renunciado a la fe cristiana que la hizo nacer. En las civilizaciones en que lo racional domina sobre lo vital o natural –afirma el autor–, se inicia el control de la natalidad. Dejar de tener hijos ya no era por naturaleza, sino por una cuestión racional, que se podría suplir con el «proletariado externo».

La razón profunda de toda esa situación está en las filosofías que dieron pie a la Revolución francesa, y que trajeron como consecuencia la democracia a la Civilización Occidental. La democracia es entendida hoy como una concepción del mundo, la que atribuye a la voluntad humana el carácter de fuente primera y única del orden social, autónoma, independiente y atea, y como oposición al orden natural de la fe cristiana. Ella ha alejado la religión católica de la Sociedad Occidental y si se separa a Dios de la sociedad la consecuencia necesaria es el mal. La única esperanza de esta sociedad está en la fidelidad a la Iglesia, en la persona del sucesor de Pedro, que desde hace veinte siglos mantiene nuestra fe.

Completan el número del Año de la Fe los ya habituales artículos sobre un mártir, un doctor y un converso, y sendos artículos sobre la pastoral *El Sant Sacrifici*, de José Torras i Bages, y sobre santa Catalina de Siena.

Ante la renuncia de Su Santidad Benedicto XVI

Queridísimos hermanos,

Os he convocado a este Consistorio, no sólo para las tres causas de canonización, sino también para comunicaros una decisión de gran importancia para la vida de la Iglesia. Después de haber examinado ante Dios reiteradamente mi conciencia, he llegado a la certeza de que, por la edad avanzada, ya no tengo fuerzas para ejercer adecuadamente el ministerio petrino. Soy muy consciente de que este ministerio, por su naturaleza espiritual, debe ser llevado a cabo no únicamente con obras y palabras, sino también y en no menor grado sufriendo y rezando. Sin embargo, en el mundo de hoy, sujeto a rápidas transformaciones y sacudido por cuestiones de gran relieve para la vida de la fe, para gobernar la Barca de san Pedro y anunciar el Evangelio, es necesario también el vigor tanto del cuerpo como del espíritu, vigor que, en los últimos meses, ha disminuido en mí de tal forma que he de reconocer mi incapacidad para ejercer bien el ministerio que me fue encomendado. Por esto, siendo muy consciente de la se-

riedad de este acto, con plena libertad, declaro que renuncio al ministerio de Obispo de Roma, sucesor de San Pedro, que me fue confiado por medio de los cardenales el 19 de abril de 2005, de forma que, desde el 28 de febrero de 2013, a las 20,00 horas, la sede de Roma, la sede de San Pedro, quedará vacante y deberá ser convocado, por medio de quien tiene competencias, el cónclave para la elección del nuevo Sumo Pontífice.

Queridísimos hermanos, os doy las gracias de corazón por todo el amor y el trabajo con que habéis llevado junto a mí el peso de mi ministerio, y pido perdón por todos mis defectos. Ahora, confiamos la Iglesia al cuidado de su Sumo Pastor, nuestro Señor Jesucristo, y suplicamos a María, su Santa Madre, que asista con su materna bondad a los padres cardenales al elegir el nuevo Sumo Pontífice. Por lo que a mí respecta, también en el futuro, quisiera servir de todo corazón a la Santa Iglesia de Dios con una vida dedicada a la plegaria.

Vaticano, 10 de febrero de 2013.

Con esta declaración, realizada a mediodía del día 11 de febrero, festividad de Nuestra Señora de Lourdes, el papa Benedicto XVI comunicaba a la Iglesia su voluntad de renunciar al ministerio de Obispo de Roma, sucesor de san Pedro.

Nuestra revista, que desde el primer número en 1944 ha querido estar sometida a la jerarquía y en primer lugar al Sumo Pontífice, recibe esta noticia dando, ante todo, gracias a Dios por el gran don del pontificado de Benedicto XVI. Él ha sido durante estos ocho años el Padre que nos ha guiado. Sus enseñanzas nos han permitido ir mar adentro, y no sólo mantener a flote la nave de la Iglesia sino purificarla de muchos de sus problemas y hacerla más reluciente a los ojos del Salvador.

La novedad de esta decisión podrá incitar a algunos a buscarle causas de muy diversa índole. Nosotros no vamos a hacerlo; hace ya muchos años que nuestro fundador, el padre Ra-

món Orlandis, nos enseñó a «sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pontífice», divisa que ilumina muchas situaciones que humanamente pueden parecer sorprendentes. La Iglesia es conducida por el Espíritu Santo y todas las situaciones que puedan presentarse deben ser vistas con este sello. Ahora también estamos convencidos de que este mismo Espíritu Santo ha hecho ver al papa Benedicto XVI la necesidad de su renuncia. Así, por ser una situación tan poco común, vemos aún más clara la mano de la Providencia en esta resolución.

Mientras tanto debemos dirigir todos nuestros esfuerzos en forma de súplicas y oraciones a Dios para que bendiga al santo padre Benedicto XVI por toda la labor realizada y por su decisión profundamente meditada, y para que el Espíritu Santo ilumine al Colegio cardenalicio a fin de que, atentos a su luz, elijan al sucesor de san Pedro que la Iglesia necesitará para los próximos años.

San Pedro apacienta la Iglesia

«Lectio divina» de Su Santidad Benedicto XVI
en el Seminario Romano Mayor

Viernes, 8 de febrero de 2013

Cada año es para mí una gran alegría estar aquí con vosotros, ver a tantos jóvenes que caminan hacia el sacerdocio, que están atentos a la voz del Señor, que quieren seguir esta voz y buscan el camino para servir al Señor en este tiempo nuestro.

Hemos escuchado tres versículos de la Primera Carta de san Pedro (cf. 1, 3-5). Antes de entrar en este texto, me parece importante estar atentos precisamente al hecho de que es Pedro quien habla. Las dos primeras palabras de la Carta



son «Petrus apostolus» (cf. v. 1): él habla, y habla a las Iglesias en Asia y llama a los fieles «elegidos y extranjeros en la diáspora» (ibidem). Reflexionemos un poco sobre esto. Es Pedro quien habla, y habla —como se escucha al final de la Carta— desde Roma, a la que ha llamado «Babilonia» (cf. 5, 13). Pedro habla: es casi una primera encíclica, con la cual el primer apóstol, vicario de Cristo, habla a la Iglesia de todos los tiempos.

Pedro, apóstol. Habla entonces aquél que encontró en Cristo Jesús al Mesías de Dios, que habló el primero en nombre de la Iglesia futura: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo» (cf. Mt 16, 16). Habla aquél que nos ha introducido en esta fe. Habla aquél a quien dijo el Señor: «Te entrego las llaves del Reino de los cielos» (cf. Jn 16, 19), a quien confió su rebaño después de la Resurrección, diciéndole tres veces: «Apacienta mi rebaño, mis ovejas» (cf. Jn 21, 15-17). Habla también el hombre que cayó, que negó a Jesús y que tuvo la gracia de contemplar la mirada de Jesús, de ser tocado en su corazón y de

haber encontrado el perdón y una renovación de su misión. Pero es sobre todo importante que este hombre, lleno de pasión, de deseo de Dios, de deseo del Reino de Dios, del Mesías, que este hombre que encontró a Jesús, el Señor y el Mesías, es también el hombre

que pecó, que cayó, y sin embargo permaneció bajo la mirada del Señor y así permaneció el responsable de la Iglesia de Dios, encargado por Cristo, portador de su amor.

Habla Pedro el apóstol, pero los exegetas nos dicen: no es posible que

esta carta sea de Pedro, porque el griego es tan bueno que no puede ser el griego de un pescador del lago de Galilea. Y no sólo el lenguaje, la estructura de la lengua es óptima, sino también el pensamiento es ya bastante maduro, pues existen ya fórmulas concretas en la cuales se condensa la fe y la reflexión de la Iglesia. Por lo tanto, ellos dicen: se trata de un estado de desarrollo que no puede ser el de Pedro. ¿Cómo responder? Hay dos posiciones importantes: primero, Pedro mismo —es decir, la Carta— nos da una clave de por qué al final del escrito dice: «Os escribo por medio de Silvano —día Silvano». Este por medio [día] puede significar cosas diversas: puede significar que él [Silvano] transporta, transmite; puede querer decir que él ayudó en la redacción; que él realmente era el escritor práctico. En todo caso, podemos concluir que la Carta misma nos indica que Pedro no escribió solo esta Carta, sino que expresa la fe de una Iglesia que ya está en camino de fe, en una fe cada vez más madura. No escribe solo, como individuo aislado, es-

cribe con la ayuda de la Iglesia, de las personas que ayudan a profundizar la fe, a entrar en la profundidad de su pensamiento, razonabilidad y profundidad. Y esto es muy importante: no habla Pedro como individuo, habla *ex persona Ecclesiae*, habla como hombre de la Iglesia, ciertamente como persona, con su responsabilidad personal, pero también como persona que habla en nombre de la Iglesia: no sólo ideas privadas, no como un genio del siglo XIX que quería expresar sólo ideas personales, originales, que nadie habría podido decir antes. No. No habla como genio individualista, sino que habla precisamente en la comunión de la Iglesia. En el Apocalipsis, en la visión inicial de Cristo se dice que la voz de Cristo es la voz de muchas aguas (cf. Ap 1, 15). Esto quiere decir: la voz de Cristo reúne todas las aguas del mundo, lleva en sí todas las aguas vivas que dan vida al mundo. Es Persona, pero precisamente ésta es la grandeza del Señor, que lleva en sí todo el río del Antiguo Testamento, es más, de la sabiduría de los pueblos. Y cuanto se dice aquí sobre el Señor vale, en otro modo, también para el apóstol, que no quiere decir sólo una palabra suya, sino que lleva en sí realmente las aguas de la fe, las aguas de toda la Iglesia; y justamente de este modo da fertilidad, da fecundidad, y precisamente así es un testigo personal que se abre al Señor, y se convierte en alguien abierto y amplio. Por lo tanto, esto es importante.

Luego me parece también importante que en esta conclusión de la Carta se nombren a Silvano y a Marcos, dos personas que pertenecen también a las amistades de san Pablo. De este modo, a través de esa conclusión, los mundos de san Pedro y de san Pablo van juntos: no es una teología exclusivamente petrina contra una teología paulina, sino que es una teología de la Iglesia, de la fe de la Iglesia, donde –ciertamente– hay diversidad de temperamento, de pensamiento, de estilo al hablar entre Pablo y Pedro. Es un bien, también hoy, que existan tales diversidades, diversos carismas, diversos temperamentos, que sin embargo no son contrastantes y se unen en la fe común.

Quisiera decir otra cosa: san Pedro escribe desde Roma. Es importante: aquí ya tenemos al Obispo de Roma, tenemos el inicio de la sucesión, tenemos ya el inicio del primado concreto situado en Roma, no sólo entregado por el Señor, sino ubicado aquí,

en esta ciudad, en esta capital del mundo. ¿Cómo llegó Pedro a Roma? Esta es una pregunta seria. Los Hechos de los Apóstoles nos relatan que, tras la fuga de la cárcel de Herodes, fue a otro lugar (cf. 12, 17) –*eis eteron topon*–, no se sabe a qué otro lugar; algunos dicen Antioquía, otros dicen Roma. En todo caso, en este capítulo, se dice también que, antes de huir, confió la Iglesia judeo-cristiana, la Iglesia de Jerusalén, a Santiago; y, confiándola a Santiago, él permanece sin embargo primado de la Iglesia universal, de la Iglesia de los paganos, pero también de la Iglesia judeo-cristiana. Y aquí en Roma encontró una gran comunidad judeo-cristiana. Los liturgistas nos dicen que en el Canon romano hay rastros de un lenguaje típicamente judeo-cristiano. De este modo vemos que en Roma se encuentran ambas partes de la Iglesia: la judeo-cristiana y la pagano-cristiana, unidas, expresión de la Iglesia universal. Para Pedro, ciertamente, el paso de Jerusalén a Roma es el paso a la universalidad de la Iglesia, el paso a la Iglesia de los paganos y de todos los tiempos, a la Iglesia siempre también de los judíos. Y pienso que, viniendo a Roma, san Pedro no sólo pensó en este paso: Jerusalén/Roma, Iglesia judeo-cristiana/Iglesia universal. Ciertamente se acordó también de las últimas palabras de Jesús dirigidas a él, recogidas por san Juan: «Al final, tú irás adonde no quieras ir. Te ceñirán, extenderán tus manos» (cf. Jn 21, 18). Es una profecía de la crucifixión. Los filólogos nos muestran que es una expresión precisa, técnica, este «extender las manos», para la crucifixión. San Pedro sabía que su final sería el martirio, que habría sido la cruz. Y así, se encontrará en el completo seguimiento de Cristo. Por lo tanto, al venir a Roma fue ciertamente también al martirio: en Babilonia lo esperaba el martirio. Por lo tanto, el primado tiene este contenido de la universalidad, pero también un contenido martiriológico. Desde el comienzo, Roma es también lugar del martirio. Pedro, al venir a Roma, acepta de nuevo esta palabra del Señor: va hacia la cruz; y nos invita a que también nosotros aceptemos el aspecto martiriológico del cristianismo, que puede tener formas muy distintas. Y la cruz puede tener formas muy distintas, pero nadie puede ser cristiano sin seguir al Crucificado, sin aceptar incluso el momento martiriológico.

El extravío de la razón en el mundo actual

MARTÍN F. ECHAVARRÍA

QUE el mundo parece haberse vuelto loco, lo experimentamos todos los días leyendo el periódico. Basten un par de noticias sobre «ciencia» de universidades de primer nivel. El 28 de noviembre de 2012, *La Vanguardia* nos informaba que el Centro de Estudio de Riesgo Existencial, de la Universidad de Cambridge, se proponía investigar «el riesgo de que la tecnología acabe con el ser humano en un futuro», lo que supondría que en un futuro próximo las máquinas serían más inteligentes que nosotros y que, «si bien no son maliciosas», «no nos incluyen entre sus intereses», lo cual implicaría un enorme riesgo para la vida humana. Desde luego, hay que conceder que es probable que las máquinas superen pronto en inteligencia a estos iluminados investigadores.

Pasemos a otro ejemplo. El 18 de diciembre del año pasado, el diario *ABC* nos daba la siguiente noticia inquietante: «el universo en que vivimos podría no ser más que una simulación informática». Según este diario, «un grupo de físicos de la Universidad de Washington ha conseguido ahora desarrollar un test» para probar la veracidad de esta hipótesis, según la cual nosotros seríamos una simulación generada por una sociedad posthumana del futuro, descendiente de la nuestra. Que, claro está, no sería futuro, si nos está generando, ni sería *nuestro* futuro, ni serían propiamente nuestros descendientes, aunque estos son detalles sin importancia, por supuesto. Pero la idea no es de los sabios de la Universidad de Washington. La hipótesis la habría formulado Nick Bostrom, profesor de filosofía de la Universidad de Oxford. Este lúcido filósofo, siempre según *ABC*, sostendría que al menos una de las siguientes tesis es verdadera:

– Es probable que nuestra especie se extinga antes de alcanzar una etapa «post humana».

– Es muy poco probable que cualquier civilización «post humana» ponga en marcha un número significativo de simulaciones informáticas sobre su historia evolutiva.

– Tenemos la casi absoluta certeza de estar viviendo en una simulación informática.

Por supuesto, esta última es la más razonable de todas, nos dice el físico Martin Savage de la Universidad de Washington, director del proyecto. El artículo concluye diciendo que, si somos una simulación informática (es casi seguro, ya lo podríamos dar por demostrado y ahorrarnos algunos duros),

entonces otras simulaciones informáticas podrían estar ejecutándose simultáneamente, lo que daría lugar a la pregunta de si podemos comunicarnos con esos universos simulados paralelos. Vamos, que afirmar que el universo es creado por Dios es irracional, pero que nosotros somos una realidad artificial creada por ordenador, pero capaz de conocer, es lo más lógico. Señalemos, por si fuera necesario, que ningún proyecto de investigación de universidades del nivel de Oxford, Cambridge o Washington se hace sin contar con varios cientos de miles de euros.

Estos ejemplos pueden parecer extremos, pero no son nada raros estadísticamente. Y encontramos noticias igualmente desconcertantes, si leemos sobre política, justicia o economía. Un ejemplo de política económica surrealista fue la idea del Partido Demócrata de Estados Unidos, finalmente desechada por el Departamento del Tesoro y la Reserva Federal, de acuñar una moneda de platino con el valor de un billón de dólares, para hacer frente al pago de la deuda pública. Un claro ejemplo de una economía artificial, desconectada del valor real de las cosas. Para aliviarnos un poco, un límite a la irracionalidad parecen ser los deportes. Pocos programas de televisión quedan en que se debatan a fondo cuestiones de filosofía moral y social, como las nociones de autoridad, de orden, de justicia o de amistad, como los de fútbol. Lo que indica es que, o el fútbol es lo que más nos importa, o que es un remedio contra la locura.

Fuera de bromas, esto que vemos magnificado en los medios de comunicación lo vemos también todos los días en la gente que nos rodea: en nuestros compañeros de trabajo, en nuestros familiares, en nuestros alumnos... La pérdida generalizada del recto uso de la razón es patente. No es necesario ser psicólogo para darse cuenta de esto ¿En qué consiste esta pérdida exactamente? No, ciertamente, en una pérdida de la capacidad de razonar. Nunca la sociedad humana se había desarrollado tanto desde este punto de vista. Con la ayuda de los ordenadores, las ciencias físicas pueden llegar con sus cálculos adonde el pensamiento humano no podría imaginar. Los desarrollos de la ingeniería y de las ciencias biomédicas de las últimas décadas son impensables sin grandes dosis de racionalidad. Por otra parte, la sociedad está extremadamente regulada y todo se intenta prever y controlar, actos que son todos algo de la razón. Nunca en la historia de la humanidad ha habido tantas leyes. Hay tantas que es posible que,

sin saberlo, en este momento estamos infringiendo alguna de ellas. Hasta para tirar la basura tendremos pronto que tener estudios de posgrado en biotecnología. El problema no está en la capacidad de razonar, organizar, prever, controlar. En este sentido es que Chesterton decía que «loco es el hombre que ha perdido todo menos la razón» y que «la fantasía nunca arrastra a la locura; lo que arrastra a la locura es precisamente la razón. Los poetas no se vuelven locos, pero sí los jugadores de ajedrez». Aunque podríamos señalar un par de poetas bastante chalados, se capta la idea. El defecto no está, pues, en la capacidad de razonar, en la que, mal que mal, se entrena a nuestros hijos todos los días en el colegio a través de ejercicios de matemática. El problema está en la conexión de esa razón con la realidad. Es más una cuestión de «inteligencia» que de «razón». Inteligencia, nos enseñaban Aristóteles y santo Tomás, es la simple captación de la verdad. Por la inteligencia, nos ponemos en contacto con las cosas, sintonizamos con ellas adecuándonos a lo que ellas son. La razón, en cambio, juega un papel instrumental: parte de un enunciado, lo conecta con otro, y llega a un tercer enunciado, la conclusión, que se sigue de esas premisas. Pero la razón como instrumento o medio participa de la verdad o falsedad de las premisas. Si las premisas no están tomadas de la realidad, el razonamiento es vano. Sin inteligencia, la razón carece de todo valor.

Hoy estamos, entonces, entre otras cosas, ante una crisis de inteligencia, que es a la vez, una crisis de la verdad, que es el objeto de la inteligencia. Especialmente, esta crisis se refiere a la inteligencia de las verdades más profundas y últimas, al sentido de la vida, que se encuentra en Dios ¿Podemos rastrear las causas de esta crisis? Hagamos un intento. Enumero a continuación algunas de estas posibles causas, sin querer ser exhaustivo.

Causas intelectuales

PRIMERO que nada debemos mencionar causas propiamente *intelectuales*, o racionales si queremos. No debemos olvidar que el ser humano es un animal racional y que una deformación de su razón lleva a la deformación de todo en su vida, de su personalidad entera y de sus relaciones interpersonales y sociales. Estas causas intelectuales son una serie de ideologías, muchas veces travestidas como afirmaciones científicas. Todas tienen su origen en el giro inmanentista de la epistemología moderna (racionalismo, empirismo, kantismo) y confluyen en una negación de la capacidad de la inteligencia humana para conocer la verdad de las cosas, o al menos las verdades últimas.

Entre estas ideologías merece la pena mencionar especialmente algunas: primeramente, el *positivismo*, según el cual nuestro entendimiento sólo puede conocer con certeza aquello que puede ser sometido a experimentación. De allí se pasó a decir que, estrictamente, por la ciencia, que sería el único conocimiento cierto, propiamente no se conocen las cosas mismas, sino las operaciones que nosotros hacemos sobre las cosas. Por eso, las definiciones de la ciencia no son esenciales, sino operacionales. De aquí, se pasó al constructivismo, que es hijo del positivismo y del *operacionalismo*, y por el cual estas tendencias, hijas del empirismo, se conectan con el kantismo y con el racionalismo. Para el *constructivismo* nuestro conocimiento no consiste en saber lo que las cosas son, sino que es una construcción por la cual nosotros organizamos la realidad de manera de poder operar sobre ella. Por eso, el constructivismo se asocia también al *pragmatismo*: la verdad no sería la adecuación de entendimiento y cosa, sino que se identificaría con la utilidad. Una afirmación se puede considerar como verdadera, si es útil. Si no es útil, es falsa. ¿Qué es lo útil? Lo que sirve para la adaptación al medio ambiente. Por eso, hoy en educación se habla mucho de que «vivimos en un mundo en constante cambio», de lo que se sigue que no hay que aprender verdades permanentes, que no existirían, sino «aprender a aprender», es decir, desarrollar habilidades que nos permitan adaptarnos a los cambios. Esto es el relativismo que vivimos hoy en día. Por eso no hay verdades definitivas, sino que deberíamos dialogar y determinar por consenso qué consideramos verdadero. De más está decir que este consenso es manipulado por los medios de comunicación, que están en manos del poder económico y financiero internacional. Por todas estas influencias, la inteligencia humana se ve degradada de ser una facultad por la que somos imagen de Dios, a ser un instrumento que nos permite solucionar problemas adaptativos y construir instrumentos. Pero de ninguna manera conocer la verdad, ni mucho menos una Verdad última. En este sentido, lo más afectado es el alcance metafísico, y consiguientemente teológico, de la inteligencia, y también su aspecto ético. Por esto último, la virtud de la prudencia es reemplazada por las inteligencias emocionales (intrapersonal e interpersonal) que nos permiten manipular nuestras emociones y las ajenas para tener éxito en la vida y ser «líderes» (hasta que nos llegue el paro o la enfermedad incapacitantes y nos transformemos en un desecho del sistema de bienestar).

Al ser la inteligencia la facultad por la que el hombre se distingue del resto de los seres materiales, la pérdida de la verdadera noción de lo que la inteligencia es conlleva una profunda crisis de iden-

tividad para el hombre, que ya no sabe para qué existe ni cuál es su dignidad. Desconociendo que está hecho para la Verdad, en la que consiste su felicidad, el ser humano se siente frustrado, y se vuelve un cínico y un desesperado.

Causas morales

EN segundo lugar, y más profundamente, es necesario mencionar causas *morales*. Si atendemos a la enseñanza de los grandes maestros de la moral, especialmente de san Gregorio Magno y santo Tomás, descubriremos que los defectos de la razón metafísica y moral tienen como causa el deseo desordenado de las cosas terrenas, más precisamente «carnales». Es decir, el vicio de la intemperancia. Al tratar sobre las consecuencias de la gula como pecado capital, san Gregorio nos pone esta «hija» de la gula: «*hebetudo sensus circa intelligentiam*» (embotamiento del sentido sobre la inteligencia). Comentando esto, santo Tomás dice que la agudeza de la razón «se embota por la falta de moderación en la comida y la bebida» (*Suma de teología*, II-II, q. 148, a. 6, co.). Sobre este embotamiento u «obtusidad» mental, dice santo Tomás:

«Lo obtuso se opone a lo agudo. Se llama agudo a algo por ser penetrante. [...] Por cierta semejanza se dice que el sentido corporal penetra el medio en cuanto percibe su objeto a cierta distancia, o en cuanto casi penetrando puede ver el interior de las cosas [...]. A semejanza del sentido corporal, también se dice de la inteligencia que es un sentido [...]. Este sentido de la inteligencia no percibe su objeto a través de la distancia corporal, sino por otros medios: como por la propiedad, percibe su esencia y por el efecto percibe la causa. Por lo tanto, se dice que tiene un agudo sentido de la inteligencia el que inmediatamente de aprehender las propiedades o efectos de las cosas, comprende su naturaleza y en cuanto alcanza hasta las mínimas condiciones de las cosas. Por lo tanto, se dice de inteligencia obtusa el que no puede llegar a conocer la verdad de las cosas a menos que se le explique de muchas maneras, y aun así no puede llegar a entender todo lo que pertenece a la esencia de la cosa» (*Suma de teología*, II-II, q. 15, a. 2). Por la gula, por lo tanto, la mente humana se hace menos penetrante.

De modo semejante, la lujuria produce, no sólo el embotamiento mental, sino una *ceguera* espiritual (*caecitas mentis*) por la cual la mente humana queda enceguecida para captar su bien último (*Suma de teología*, II-II, q. 153, a. 5, co.). Mientras que el embotamiento de la inteligencia «debilita» la consideración de las cosas espirituales, la ceguera de la mente la elimina de modo completo. Este embotamiento

y la ceguera espiritual, dice santo Tomás, llevan a la *estupidez*. La palabra «estupidez» (*stultitia*), afirma santo Tomás, viene de «estupor» (*stupor*). El que es espiritualmente estúpido, está como paralizado para emitir un juicio en profundidad sobre las cosas y su causa, que es Dios como fin último. Esto sucede cuando «el hombre sumerge su sentido en las cosas terrenas, por lo que su sentido se hace incapaz para percibir las cosas divinas, según aquello de I Cor 2, 14: *El hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios* (*Suma de teología*, II-II, q. 46)». El hombre, convencido de que no es más que un animal más, completamente dirigido con su apetito en los bienes mundanos, se ha hecho tonto, incapaz de conocer la realidad en su profundidad, por lo que juzga las cosas con superficialidad.

Causas teologales

LA última cita de santo Tomás nos recuerda que las causas morales dependen a su vez de causas *teologales*. Es bien significativo que santo Tomás trate de estos dos defectos, el «embotamiento del sentido» y la «ceguera de la mente» al tratar de los pecados contrarios a la fe, y hable de la estupidez espiritual al tratar sobre el don de sabiduría del Espíritu Santo, que perfecciona la caridad. Para santo Tomás, la falta de penetración de la inteligencia y la ceguera mental, como en general esa estulticia espiritual, son pecados, y nada menos que pecados contra la fe y contra la caridad. De más está decir que santo Tomás no se refiere a la limitación de las capacidades cognitivas que tiene como causa una enfermedad o defecto constitucional. Se refiere claramente a esa superficialidad espiritual y a esa incapacidad para trascender lo inmediato y útil que tiene como causa una actitud de rechazo o descuido de los bienes eternos, es decir la aversión a Dios por la conversión hacia la creatura. No podemos sino ver la locura de nuestro tiempo como un efecto penal del apartamiento de Dios para construir con las solas fuerzas de la naturaleza la ciudad terrena. Este fue el proyecto de la modernidad filosófica y política, un proyecto muy racional, pero poco inteligente, porque el apartamiento del afecto de la fuente de toda luz, lleva aparejado también el oscurecimiento intelectual. Buscando un mundo puramente racional, que no necesitara recurrir a la «oscuridad» de la fe, el mundo quedó a oscuras y razonando sobre el vacío: *vanitas vanitatum*. El único remedio contra la estupidez y el girar mental en el vacío es la luz de la fe viva, que fortifica la razón misma para penetrar en lo profundo de la realidad que nos conduce a lo profundo de Dios.

Dawson y el mundo moderno

MARÍA REYES JAURRIETA GALDIANO

La crisis mundial contemporánea

Los hombres que vivieron los primeros años del siglo xx manifestaron gran confianza en el momento histórico que protagonizaron. Dawson pudo percibir este ambiente a su llegada al Trinity College de Oxford en 1908, y así lo evocaría más tarde. En efecto, la civilización europea, a partir de 1870, se extendía al mundo entero. Los grandes estados-nación ya consolidados, ahora equipados con los asombrosos nuevos poderes de la ciencia y de la industria, conquistaban imperios por todo el globo.

Los cuarenta años anteriores a la primera guerra mundial fueron los años de la supremacía mundial europea. Todos los países se incorporaban a una economía y a un mercado mundial. Los atributos de la modernidad, donde tenían alguna existencia, eran muy semejantes en todas partes: ciencia moderna, armas de guerra modernas, industria mecanizada, comunicaciones rápidas, organización industrial, formas eficaces de contribuciones y de cumplimientos de leyes, de higiene, de sanidad...

Sin embargo, el tránsito del siglo xix al xx señala la divisoria de dos épocas en la historia de la cultura, se difundía la duda sobre el ideal cultural que había guiado el pensamiento desde hacía cuatro siglos. Es el inicio de la crisis del racionalismo como concepción del Universo, tanto en el ámbito científico como filosófico. Sin embargo, a pesar de todas las manifestaciones y voces de alarma presentes ya a final de siglo, el hecho histórico de la primera guerra mundial supuso la confirmación de lo que se había puesto en duda; los valores de la modernidad.

Christopher Dawson escribió su obra en el marco de este quebrantamiento espiritual. Dentro de su amplísima labor investigadora consideró de especial importancia la idea de trazar el desarrollo histórico de la cultura occidental así como el análisis de las causas de la crisis mundial contemporánea, proponiendo lo que él considera «el remedio» para salir de esta crisis. El propósito era ambicioso, pero respondía a la atmósfera intelectual europea tras la conmoción de la Gran Guerra. Entre los historiadores, y también entre muchos que no lo eran (literatos, artistas, psicoanalistas...), se volvió bastante común durante este periodo el re-explorar el sentido de la historia europea, la pregunta sobre si Europa tiene

algo que aportar a la civilización o estamos más bien presenciando el ocaso de la misma.

Europa no se le presenta a Dawson como una unidad geográfica o racial sino que es el resultado de un largo proceso histórico y de un lento desarrollo espiritual integrado por cuatro elementos; la tradición científica de la Grecia clásica, el genio político unificador de Roma, la religión cristiana y el impulso de los pueblos bárbaros. La unidad de Europa es ante todo una unidad espiritual. Por tanto, si Europa quiere conservar la vitalidad de su cultura es imprescindible que recuerde sus orígenes y su naturaleza y que adquiera conciencia plena de su herencia social y de sus tradiciones comunes. De no ser así, alerta constantemente Dawson, y si dirigimos nuestra atención exclusivamente a los conflictos económicos, a los problemas de clase y de nacionalidad que dividen y antagonizan a los pueblos, la comunidad europea irá desintegrándose dentro de la cultura moderna.

Por tanto, si Europa es ante todo una estructura espiritual y no meramente un entidad política o económica, el remedio a sus males –según afirma Dawson– estará en la reintegración de su cultura en la tradición religiosa que le devuelva sus fundamentos morales y establezca nuevamente su unidad espiritual. El impulso religioso es el que proporciona la fuerza cohesiva que unifica una sociedad y una cultura. «Una sociedad que ha perdido su religión, tarde o temprano perderá su cultura». Dawson entendía que la fuerza espiritual del cristianismo como religión histórica era elemento vital de la unidad europea, la fuente principal de toda actividad social.

«Si la religión pierde su lugar sobre la vida social, a la larga lo perderá sobre la vida entera.»¹

ESTA afirmación de Dawson nos puede servir para explicar el proceso secularizador que experimenta Occidente. Un proceso largo, de siglos, que Dawson lo hace iniciar con el Renacimiento y la Reforma. «La cultura renacentista

1. «If religion loses its hold on social life, it eventually loses its hold on life altogether». Ch. Dawson, *Religion and Modern State*, xx.

afectó a todos los aspectos del pensamiento occidental: el literario, el científico y el filosófico pero, por encima de todo –advierte Dawson–, cambió la visión occidental de la historia. El enfoque religioso de la historia como el relato de las relaciones de Dios con la humanidad y el cumplimiento del plan divino en la vida de la Iglesia fue abandonado o dejado para los historiadores eclesiásticos y surgió una nueva historia secular modelada sobre Livio y Tácito y un nuevo tipo de biografía histórica influida por Plutarco. Se perdió así la unidad de la concepción medieval de la historia y en su lugar se desarrolló gradualmente un nuevo esquema de la historia que eventualmente tomó la forma de una triple división entre los periodos antiguo, medieval y moderno.

«Este nuevo enfoque de la historia fue uno de los factores principales que gravitaron en la secularización de la cultura europea, puesto que la idealización de los Estados de la antigüedad y en especial de la Roma republicana influyó la actitud de los hombres hacia el Estado contemporáneo. La ciudad-estado italiana y los reinos de Europa occidental no eran ya considerados como miembros orgánicos de la comunidad cristiana, sino fines en sí mismos que no reconocían otra justificación que el deseo de poder. Así, del siglo xv en adelante la historia de Europa es en grado creciente la historia del desarrollo de un número limitado de Estados soberanos como centros de poder independientes y de sus incesantes rivalidades y conflictos. La verdadera naturaleza de este desarrollo se mantenía oculta por el prestigio religioso que todavía rodeaba a la persona del gobernante y que, en realidad, aumentó durante la época de la Reforma al unirse la Iglesia con el Estado y al hallarse aquélla subordinada a la supremacía real.»²

Según Dawson, Renacimiento y Reforma tienen en común el que suponen una secularización de la vida. Con el Renacimiento la ciudad terrena y temporal se presenta como un orden autónomo con su propio fin supremo, el cual no está al servicio de la Iglesia sino de la realización de todas las potencialidades naturales de la cultura humana. En la tradición protestante nos encontramos con un cambio más revolucionario en la interpretación cristiana de la historia, que tuvo resultados trascendentales. Fueron éstos la identificación de la Roma papal con la Babilonia del Apocalipsis, que prácticamente se convirtió en artículo de fe en todas las Iglesias reformadas.

La Reforma se opuso a identificar la sociedad divina con la Iglesia jerárquica tal como era conocida

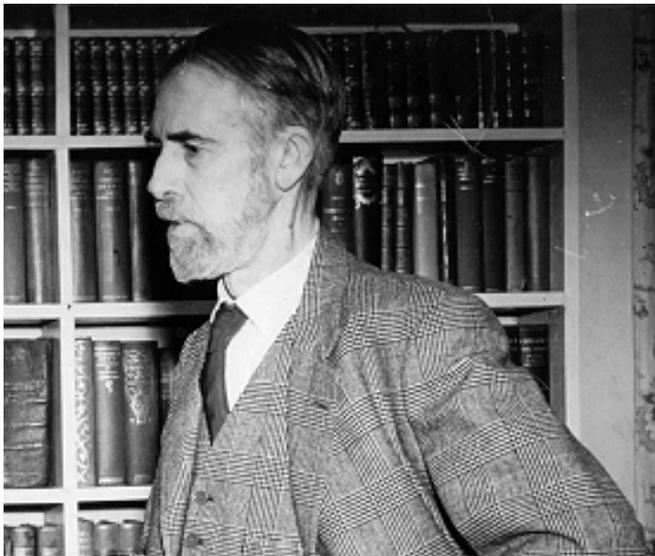
a través de la historia. Contra la concepción católica como ciudad de Dios visible, ofrecieron la apocalíptica visión de una iglesia apóstata. La verdadera Iglesia no era esta segunda Babilonia, sino la sociedad de los elegidos, la de los santos visibles que en forma oculta prefirieron seguir las enseñanzas de la Biblia en vez de las de la jerarquía (husitas, wiclefistas, waldenses, y otros...). Calvino afirmaba que la historia de la Iglesia es una serie de resurrecciones. Una y otra vez la historia se corrompe, no se predica ya la palabra, la vida parece extinguirse, hasta que Dios envía otra vez profetas y maestros a dar testimonio de la verdad y a revelar la doctrina cristiana en toda su pureza.

Dawson señalaba que la concepción protestante de la historia llevaba más fácilmente a esta inmanentización de la historia que en la religión católica cuya fe en la Iglesia es también la fe en una sociedad histórica verdadera, no en una invisible comunión de los santos o en una unión espiritual de los cristianos, divididos en muchos grupos religiosos o sectas. Y esta sociedad histórica, pone de manifiesto el historiador inglés, no es meramente quien custodia las Sagradas Escrituras y enseña la moralidad cristiana sino que es la portadora de una tradición viva que une el presente con el pasado, a los vivos y a los muertos en una comunidad espiritual que trasciende todas las limitadas comunidades de raza, nación o Estado.

«El reconocimiento de esta tradición viva como el órgano del Espíritu de Dios en el mundo y testimonio viviente de la acción de Dios sobre la humanidad es de capital importancia para la comprensión e interpretación católica de la historia. Una aspiración tan tremenda implica un desafío a toda la concepción secular de la historia, que tiende a convertirse en la fe del mundo moderno. A pesar de las diferencias y contradicciones entre el idealismo progresivo del liberalismo y el catastrófico materialismo del comunismo, todos ellos coinciden en su insistencia respecto a la inmanencia y autonomía de la civilización humana y que la comunidad secular constituye la realidad social última. Tanto el liberal como el comunista condenan la tradición católica como «reaccionaria» no sólo por el hecho accidental de que ha estado asociada con los órdenes político y social del pasado, sino porque coloca los valores divinos de la fe, la caridad y la vida eterna por encima de los valores humanos –libertad política, orden social, prosperidad económica, verdad científica–, orientando la vida e historia humanas hacia un fin sobrenatural y suprahistórico.»³

2. *Dinámica de la historia universal*, 221.

3. *Dinámica...*, 254.



El advenimiento de la religión del progreso

DAWSON explica en su obra *Progreso y religión* (1929) el desarrollo e la idea de progreso en occidente y su pretensión de ser un sustituto de la religión cristiana.

En Europa, tras la Reforma las cuestiones religiosas eran de gran importancia, sin embargo no eran fuente de unidad sino de división y discordia.⁴ La Paz de Westfalia en 1648 había puesto punto final a las divisiones religiosas de Europa y era cada vez más evidente la imposibilidad de restaurar la unidad espiritual del cristianismo. Sin embargo la cultura europea seguía siendo una unidad en muchos aspectos. El nuevo conocimiento científico no estaba limitado por fronteras nacionales ni religiosas. Los protestantes como Kepler, Leibniz y Newton, cooperaron con los católicos como Copérnico, Descartes y Galileo para construir el edificio de la ciencia moderna, proporcionando la base para la reconstrucción de la unidad espiritual de la cultura europea. Había entre los intelectuales una marcada tendencia a apartarse de las controversias religiosas y volver a la idea de una religión racional, común a todos los hombres sensatos que desde el siglo XVI tiene su pleno desarrollo con los deístas ingleses y sus discípulos los filósofos franceses.

«El deísmo del siglo XVIII era sólo el fantasma o la sombra del cristianismo, una abstracción mental

4. «Volvamos a la realidad. Católicos y protestantes no pueden entenderse; la hora favorable ha pasado, el más hábil y el más benévolo de los hombres (Bossuet) ha fracasado en la tarea que había emprendido, los enemigos del cristianismo se regocijan y triunfan. ¡Cuántas demoliciones!, ¡cuántas ruinas!» P.Hazard, *La crisis de la conciencia europea*, 197.

de la realidad de la religión histórica, que no poseía vida propia independiente. Conservaba ciertos conceptos cristianos fundamentales –la fe en un benéfico creador, la idea de una Providencia rectora que ordena todas las cosas para el bien–, y los principales preceptos de la ley moral cristiana, pero sobre todo era despojado de su apariencia sobrenatural, y adaptado al esquema racional utilitario de la filosofía contemporánea. De esta forma la ley moral era privada de todos sus elementos ascéticos y extraterrenos y asimilada a una filantropía práctica, y el orden de la Providencia se convertía en una ley natural mecánica. Ante todo tal era lo que ocurría con la idea de progreso, pues mientras en la nueva filosofía no había lugar para el sobrenaturalismo de la escatología cristiana, con todo, no podía abandonar el concepto teleológico cristiano de la vida. Así, la fe en la perfectibilidad moral y el progreso indefinido de la raza humana tomó el lugar de la fe cristiana del mundo futuro, como objeto final del esfuerzo humano.»⁵

Esta idea de la futura Edad de Oro se halla en la base de todo el movimiento filosófico y no es de extrañar que, para Dawson, los pensadores más característicos de la época del iluminismo fueran sacerdotes (Mably, Morelly, Raynal, Sieyès, Saint Pierre...).

La fuerza movilizadora de la idea de progreso, pone de manifiesto Dawson, trajo consigo adeptos de todas las corrientes de pensamiento. No sólo se trataba del racionalismo francés. El liberalismo utilitario inglés muestra claramente su derivación de premisas teológicas. Pero definitivamente es en el puritanismo del siglo XVIII donde la posibilidad de la realización de la comunidad sagrada en la tierra mediante los esfuerzos de los elegidos se transforman en un entusiasmo por el progreso material y moral. Donde más claramente se ve este proceso es en la historia de los Estados Unidos.

El desarrollo de esta teología racionalizada y de este milenarismo secularizado, sea en su forma socialista-revolucionaria o liberal revolucionaria (pero especialmente en la última), es de esencial importancia para comprender la cultura moderna. Fue en realidad, una nueva reforma⁶ que intentó racionalizar y espiritualizar la religión de un modo más completo que la primera reforma, pero acabó por despojar al cristianismo de todos los elementos sobrenaturales, interpretando la historia como un desarrollo progresivo de un principio inmanente.⁷

5. *Progreso y religión*, 190.

6. Esta idea de una segunda reforma también la desarrolla Paul Hazard en su obra *La crisis de la conciencia europea*.

7. *Dinámica...*, 252-253.

En la primera mitad del siglo XIX la idea de progreso alcanzó su pleno desarrollo. Dominaba en las tres corrientes principales del pensamiento europeo; liberalismo racional, socialismo revolucionario e idealismo trascendental. Dawson analiza el siglo XIX como el siglo de la esperanza para los partidarios del progreso ilustrado, pero considera que acabó significándose por su decepción. La nueva era vio el fracaso de todas las esperanzas. El progreso material no fue acompañado por un avance relativo en la unidad espiritual.

«Una serie de sucesivas revelaciones –idealistas, positivistas y socialistas, con sus profetas e iglesias–, siguió a la revelación de Rousseau. De todas éstas, solo la revelación marxista sobrevive hoy en día.⁸ Ninguna de estas religiones seculares ha sido más insistente en cuanto a su carácter puramente científico y no religioso que el marxismo. Sin embargo ninguna de ellas debe más a los elementos mesiánicos de las tradiciones históricas cristianas y judías. Su doctrina, es en realidad, esencialmente apocalíptica: un juicio acusatorio contra el orden social existente y un mensaje de salvación para los pobres y oprimidos que recibirán al final su recompensa en la sociedad sin clases que surgirá después de la revolución social; dicha sociedad es el equivalente marxista del reino milenarista de la rectitud.»⁹

En 1935 Dawson escribía un libro sobre los totalitarismos titulado *La religión y el Estado moderno*. En torno a Marx y la dialéctica de la historia advertía con acierto: «Creo que la opinión final sobre el comunismo será que el edificio que está construyendo para la nueva humanidad no habrá de ser un palacio, sino una prisión, ya que carece de ventanas. Pues lo que el hombre todavía necesita y en lo íntimo de su corazón desea es el advenimiento de «una aurora proveniente de lo alto que dé luz a quienes estamos en tinieblas y en sombra de la muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz.»¹⁰

El cardenal J. Ratzinger en un artículo para la revista *Humanitas* titulado «Verdad y libertad» hacía un juicio parecido al de Dawson respecto a los inmanentismos que se han ido sucediendo en la época moderna.

8. Este artículo fue escrito en 1951.

9. *Dinámica...*, 223.

10. *Dinámica...*, 323.

«De la verdad de nuestro ser esencial se desprende otro punto: nunca existirá un estado absolutamente ideal de cosas en nuestra historia humana y jamás se establecerá el orden definitivo de la libertad. El hombre está siempre en camino y es siempre finito. Szizypiorski, considerando la notoria injusticia del orden socialista y todos los problemas del orden liberal, ha planteado la siguiente interrogante llena de dudas: ¿y si no existe en absoluto un orden justo? Nuestra respuesta debe ser ahora que en realidad nunca existirá un orden de cosas absolutamente ideal, justo en todos los aspectos. Quienquiera afirme que existirá no está diciendo la verdad. La fe en el progreso no es falsa en todo sentido. Lo falso, sin embargo, es el mito del mundo liberado del futuro, en el cual todo será diferente y bueno. Podemos establecer únicamente órdenes relativos, que sólo pueden ser justos en forma relativa; pero debemos esforzarnos precisamente por lograr esta aproximación lo mejor posible a lo que es realmente justo. Nada más, ninguna escatología histórica interna, libera, sino engaña y por lo tanto esclaviza. (...) Los sistemas ateístas de la modernidad constituyen los ejemplos más aterradores de una pasión religiosa desprovista de su propia naturaleza, enfermedad de la mente humana que amenaza la vida. Cuando se niega a Dios, en vez de construir la libertad, se la despoja de sus bases y por consiguiente se la distorsiona.»¹¹

Si la religión es la gran fuerza dinámica de la historia –realidad a cuyo análisis Dawson dedica lo más importante de su desarrollo historiográfico– la *secularización* de una sociedad implica su desvitalización. A ella se debe los signos de empobrecimiento de la cultura occidental, cuando Dawson habla de la decadencia como antítesis del progreso. Pero en todo caso este proceso no supone un proceso irreversible ni predeterminado y nuestro autor siempre deja una puerta abierta a la esperanza.

«El mundo moderno no ha perdido la necesidad de la religión. El valor y, de hecho, la necesidad de una interpretación religiosa de la vida se siente más fuertemente que nunca. Pero el impulso religioso, es la advertencia de Dawson, se debe expresar conscientemente mediante canales religiosos, y no buscar una furtiva e ilegítima expresión en teorías científicas o políticas en detrimento de la misma religión o de la ciencia.»¹²

11. J. Ratzinger, «Verdad y libertad», *Humanitas* núm. 14, abril-junio, 1999.

12. «Christianity and the Idea of Progress», 39.

La extinción (demográfica) de Occidente

JAVIER BARRAYCOA

CUANDO Adán cometió el pecado original, desobedeciendo a Dios, fue expulsado del Paraíso. Cuando el pueblo de Israel no reconoció al Mesías, fue expulsado de la tierra prometida iniciándose una diáspora de dos mil años. Ahora el Occidente cristiano ha apostatado de la religión y, como una especie de plaga bíblica, ha iniciado su extinción o desaparición, para –si la Providencia no lo remedia– dejar su lugar al islam. Esto que hace unas décadas parecería una novela de ciencia ficción, es una realidad más que constatable, predecible y prácticamente irreversible en términos humanos. Disciplinas como la demografía o la sociología lo corroboran. Otra cosa es el silencio sepulcral de políticos e intelectuales, que pretenden mantenernos en la inopia, pero la realidad es la que es: Europa agoniza, y demasiado rápido.

Ya en 1985, el papa Juan Pablo II utilizó la expresión «suicidio demográfico» para explicar lo que estaba pasando en Occidente. En su *Estudio de la historia*, Arnold Toynbee sentenciaba que las civilizaciones mueren por suicidio, o por asesinato; esto es, mueren por su desgaste interno no por agresiones externas. La caída demográfica es un síntoma, más que preocupante, de un naufragio pérdidas demográficas no son más que el resultado de un fracaso espiritual. Para los escépticos al respecto a la posible despoblación de Europa, baste recurrir a Steven Moscher, uno de los mayores expertos demográficos en todo el mundo. En alguna entrevista ha declarado sin tapujos: «La verdadera amenaza no es la *superpoblación* sino la *despoblación*». A partir de finales del siglo XXI, según el autor, el mundo corre un serio peligro de implosión demográfica. Hace unos años, el que suscribe, publicó un librito titulado *La ruptura demográfica* donde ya se daban

las claves para prever la catástrofe demográfica a la que se avecina la humanidad, especialmente de Occidente. En aquellos años, la mayoría de sociólogos, politicólogos y demógrafos, aún insistían que el mundo se abocaba a un drama de superpoblación. Hoy algunas voces empiezan a cambiar de sentido ante la evidencia de la realidad.

Crónica de una muerte anunciada

INCUSO desde el pensamiento pagano y vitalista de principios del siglo XX, ya se auguraba –y de mostraba– que el gran peligro de las civilizaciones era su caída demográfica. Oswald Spengler, en *La decadencia de Occidente. Esbozo de una morfología de la historia mundial* (1918), anunciaba que: «La abundancia de nacimientos en las poblaciones originales es un fenómeno natural, pues nadie se plantea su existencia y, con mayor razón, su utilidad o inconveniencia. Allí donde se introducen razones en las cuestiones vitales, la vida misma se convierte en un problema. Entonces comienza una inteligente restricción del número de nacimientos (...) En ese punto, empiezan en todas las civilizaciones el estadio multicentenario de la inquietante despoblación». Spengler se refería –bajo sus categorías nietzscheanas– a que el dominio de lo racional sobre lo vital o natural, que introducían las civilizaciones en las sociedades, llevaban al fatal desenlace del control de natalidad. Si tener hijos dejaba de ser algo por naturaleza, pocas razones conscientes se podrían encontrar para engendrarlos.

Spengler describe en pocas líneas la tragedia demográfica que acabó con el Imperio romano: «El Imperio goza de completa paz; es rico, posee las más

Coincidiendo con el final del Año Santo de 1975, hemos entrado en los últimos veinticinco años del segundo milenio después de Cristo, nuevo Adviento de la Iglesia y de la humanidad. Tiempo de espera y, juntamente, de una decisiva tentación; de alguna forma, siempre la misma que conocemos por el capítulo tercero del Génesis, pero en un sentido cada vez más radical. Tiempo de grandes pruebas, pero también de gran esperanza. Precisamente para este tiempo se nos ha dado la señal: Cristo, «signo de contradicción» (Lc 2,34) y la Mujer revestida del sol: «Señal grande en el cielo» (Ap 12,1).

KAROL WOJTYLA: *Signo de contradicción*

altas formas de civilidad; está bien organizado; tiene, de Nerva a Marco Aurelio, una serie de jefes como no puede ostentarlos el cesarismo de ninguna otra civilización. Y, sin embargo, la población desaparece rápidamente, en masa, a pesar de la desesperada legislación augustana sobre matrimonios y nacimientos —la ley de *maritandis ordinibus* produjo en la sociedad romana una consternación mayor aún que la derrota de Varo—, a pesar de las innumerables adopciones, a pesar de los continuos establecimientos de soldados bárbaros, hechos con el objeto de llevar hombres a los territorios desérticos, a pesar de las inmensas fundaciones de Nerva y Trajano para alimentar y criar los niños pobres. Italia primero, África y Galia después y finalmente España —que en tiempos de los primeros emperadores era la parte más poblada del Imperio— quedan desiertas y abandonadas».

En el trasfondo del análisis spengleriano se encuentra la dialéctica entre el «campo» (*Landschaft*) y la «urbe» (*Welstadt*). Para él la cultura (estadio anterior a la civilización) representaba al hombre superior y a la vitalidad reflejada en el crecimiento demográfico. La civilización representaría la decadencia que podría adquirir o bien la faceta socialista o bien la capitalista. Pero ambas versiones de lo mismo llevarían a la muerte de Occidente. Esta explicación, ciertamente intuitiva, excluye el papel de la religión en los destinos de las civilizaciones. Por eso, nos parece interesante resaltar la tesis propuesta por Toynbee. Aunque es difícil de sintetizar, la propuesta toynbeeana del colapso de las civilizaciones también implica una peculiar dinámica demográfica. Por un lado internamente hay un debilitamiento demográfico que queda compensado con la emergencia de los «bárbaros» en forma de un «proletariado externo» que penetra en la civilización colapsada. Los enfrentamientos internos entre el proletariado interno y el externo, los intentos absurdos de querer crear macroestados burocratizados (que denominaba *estados universales*) como la actual Unión Europea, la pérdida de creatividad y liderazgo de las elites sociales, acabarán derrumbando una civilización.

Toynbee, en un momento de su extensa obra, se pregunta sobre qué sentido tiene la aparición de una civilización o, con otras palabras, qué función puede tener. Para ello concibe las civilizaciones como inmensos cuerpos sociales que requieren de un alma o religión. En el esquema de Toynbee las grandes civilizaciones se corresponden a «Iglesias universales» o grandes religiones. Para el historiador inglés el sentido de una civilización es sustentar una religión universal. Y cuando desfallece ésta, entonces el cuerpo social inicia su desintegración, lenta pero imparable. Ya que la organización de la vida mate-

rial por sí misma, es un absurdo que impide que la civilización sobreviva sin un ideal trascendente. Ciertamente que las civilizaciones agónicas intentan crear nuevas espiritualidades. El propio Toynbee pronostica que las elites de una civilización en colapso intentan crear religiones artificiales (en el caso del Occidente actual podríamos ver la New Age desde esta perspectiva). Pero estos intentos, sigue afirmando Toynbee, siempre fracasan. Como mucho, lo que podría «resucitar» una civilización sería una religión universal, pero no fruto de las elites, sino del proletariado externo. Nuestro pensador, proponía que la religión cristiana, llegada de la periferia del imperio romano, consiguió salvar la civilización helénico-romana, al constituirse el cristianismo como religión universal. Hoy podríamos aplicar la misma interpretación a Europa, viendo cómo nuestro «proletariado externo» es esencialmente musulmán y, por tanto, a la larga, la lógica histórica indicaría que el islam habría de ser la futura religión de islámica.

Muchos son los que niegan la secularización como uno de los efectos de la decadencia de nuestra civilización y la han intentado explicar desde una perspectiva meramente materialista. Tomamos como ejemplo la obra de Joseph Tainter, *El colapso de las sociedades complejas* (1990), que completa en cierta medida la exposición de Toynbee. Cuando nuestra civilización ha perdido su espiritualidad propia, antes de evidenciar su calamitoso estado moral, realiza una huida hacia adelante. El optimismo entonces se vuelve en la tapadera perfecta para ocultar el futuro desastre. Tainter propone que una de las causas de la caída de una civilización es la *huida hacia adelante*. Ello quedaría reflejado en que la sociedad sólo quiere y puede sustentarse en un imposible crecimiento material constante. El autor propone que el capitalismo puede ser caracterizado como un ejemplo de este modelo. Las huidas hacia adelante provocan economías falsas, exceso de consumo, felicidades falsas y acaban socavando los fundamentos de la economía real.

Al respecto, debemos señalar un falso efecto que se ha producido a finales del siglo xx en Europa, al igual que ya ocurrido en Japón. La reducción drástica de la natalidad a partir de la expansión de los métodos anticonceptivos, unido a la masiva incorporación de la mujer al mundo laboral creó un falso efecto benéfico. En el último tercio del siglo xx se creó una falsa clase media. Familias compuestas por hombres y mujeres de clase media-baja, sólo tenían dos hijos y dos sueldos. Ello permitió la ilusión de muchos ingresos y pocos gastos. Pero todo ha sido una trampa. El aumento de la productividad permitió el crecimiento de los estados, de sus servicios y de mecanismos de control, y por supuesto de los impuestos. La vida se encareció extremadamente y

para la mujer ya trabajar dejó de ser una liberación para convertirse en una obligación. Tener dos hijos ya no fue una opción sino una limitación que imponía el sistema. Y la aspiración a una vida de confort y bienestar llevó a un endeudamiento insostenible. Por último, colectivamente hablando, esto lleva irremisiblemente al envejecimiento de la población y al hundimiento del Estado del Bienestar.

Adiós Europa, hola Eurabia

MARK Steyn es autor de varios e interesantes libros que giran en torno a las causas y consecuencias de la caída demográfica, entre ellos: *Its The Demography Stupid* o *American Alone: the end of the world as we know it*. Aunque sus artículos son controvertidos y tiene sus detractores incluso en el mundo conservador, al menos ha dado la voz de alarma sobre el futuro de Europa. En su obra *América Alone* propone, en resumidas cuentas, las siguientes tesis: 1) El Estado del Bienestar en realidad ha sido un Estado niñera que ha infantilizado a los europeos; 2) A partir de la década de los ochenta y la expansión de los métodos anticonceptivos y el aborto, el Estado del Bienestar castró Europa; 3) la caída demográfica está invirtiendo la pirámide poblacional y será imposible mantener el sistema sanitario y de pensiones; 4) Una parte importante de los países europeos han iniciado ya un imparable declive poblacional, entre los que se encuentran Rusia, España o Italia; 5) sólo una masiva corriente migratoria podría contener la muerte demográfica, pero conllevaría a la muerte cultural; 6) Estamos ante un agotamiento civilizatorio, pues la envejecida Europa está carente de energías y ganas de afrontar retos.

El historiador británico Niall Ferguson ha acuñado la expresión *Eurabia* para reflejar el futuro que nos espera. Steyn, también partidario de que Europa acabará devorada por el islam, dejando sólo a América como último baluarte de la civilización occidental, ha descrito con frases contundentes nuestro futuro inmediato: «El islam tiene juventud y voluntad, Europa tiene achaques de vejez y seguridad social»; Europa «no sobrevivirá al siglo XXI, y gran parte de él en la práctica desaparecerá a lo largo de nuestras vidas, incluyendo muchos de los países europeos, por no decir todos»; con otras palabras: «es el final del mundo tal como lo conocemos».

El Grupo de Estudios Estratégicos (GEES) elaboró en 2009 un interesante dossier sobre los retos a que nos deberíamos enfrentar en un futuro no muy lejano. El título es más que significativo: *Ante la decadencia de Europa. Problemas actuales, tendencias previsibles y propuestas para su superviven-*

cia. El informe nos proporciona unos datos ciertamente escalofriantes, a menos que uno sea un entusiasta del multiculturalismo: «En los últimos treinta años, la población musulmana en Europa se ha doblado, y hoy crece aceleradamente. No está claro cuál es el número de musulmanes en Europa. Algunos estudios hablan de 25 millones. Otras cifras hablan de más, de 35 o 50 millones. Ni se sabe con seguridad ni los europeos parecen alarmados por no saberlo. Según la Unión Europea, al año llegan al continente un millón de inmigrantes musulmanes legales, y unos quinientos mil legales». La primera preocupación es que Europa ya ha perdido la capacidad de controlar la población inmigrante. Por mucho que las instituciones políticas traten de controlar el fenómeno a través de millonarias inversiones en políticas de regulación y educación, todo es vano.

Nuevamente parecen cumplirse las tesis de Toynbee cuando afirma que el «proletariado externo» llega como quien no ha sido invitado. Primero se le mira con sorpresa, luego con recelo. Pero los intentos por absorberlos en la estructura de la civilización receptora son imposibles. Europa se haya atrapada ante su falta de identidad espiritual. Por un lado desea integrar las poblaciones inmigrantes en los valores propios, pero por otro no deja de exaltar el multiculturalismo. Las políticas erráticas generan consecuencias desastrosas. El informe del GEES anuncia que: «En el año 2050, aproximadamente el 20 por ciento de la población europea será musulmana, según las predicciones más a la baja. Otras predicciones estiman que en el año 2025 uno de cada cuatro franceses será musulmán, y que a mediados de siglo los musulmanes podrían ser mayoría en toda la Europa occidental. Es decir, según las proyecciones, dentro de cincuenta años entre un 30 y un 50% de los europeos serán musulmanes».

En Francia ya se han censado dos mil lugares para el culto islámico. Para tener una idea de la proporción del fenómeno, decir que es una cifra más alta de las mezquitas censadas en Marruecos. A pesar de que la ley de separación de Iglesia-Estado, de 1905, impide que el Estado subvencione la religión (católica se entendía en aquella época), ahora las mezquitas a veces son subvencionadas por los ayuntamientos, aludiendo que no financian el lugar de culto, sino las salas dedicadas a actividades culturales. No hay ni que decir que se cumple la sentencia de Toynbee con la que iniciábamos este artículo: las civilizaciones no mueren asesinadas, se suicidan.

En toda Europa ya empiezan a proliferar las patrullas musulmanas que tratan de imponer la ley islámica en ciertos barrios. El fenómeno ya es común en Londres. Estas parejas de guardianes de la *sharia* amonestan a los jóvenes que pasan por esos barrios bebiendo, fumando o incluso a chicas jóve-

nes si no llevan velo. De momento los gobiernos «toleran» esta situación, bien por miedo a enfrentamientos con comunidades enteras, bien por incapacidad de creerse los principios del propio Estado democrático y decadente. En Australia, por ejemplo, un predicador australiano convertido al islam, Ibrahim-Siddiq Conlon, anunció recientemente la intención de hacer aplicar la *sharia* en Lakemba, un suburbio de Sidney, organizando una milicia musulmana.

Aunque a algunos les parezca un poco tremendista, destacamos un extracto de *La colonisation de l'Europe* de Guillaume Faye, donde se relata lo que realmente está ocurriendo en Francia: «La guerra étnica ha comenzado. Por lo bajo. Y, año tras año, se amplía. Por el instante, ha tomado la forma de una guerrilla urbana larvada: incendios de automóviles o de comercios, agresiones repetidas de europeos, ataques al transporte público, emboscadas a la policía o a los bomberos, *razzias* desde los suburbios hacia los centros urbanos, etc... Como demuestra un estudio sociológico encargado para analizar el fenómeno, la delincuencia de los jóvenes afro-magrebíes es también un medio de conquista de territorios y de expulsión de los europeos en el interior del territorio estatal francés. No está motivada únicamente por razones de simple criminalidad económica. A partir de los suburbios, se crean enclaves o *zonas sin derecho*, que se extienden como manchas de aceite hacia el exterior. Desde que la población alógena alcanzó cierta proporción, la delincuencia ha hecho emigrar a los *petits blancs*, acosados por las bandas étnicas. (...) Se calculan en más de mil estas zonas en Francia. El fenómeno de parcelación del territorio puede sugerir que estamos entrando en una nueva Edad Media. Pero también encubre un proceso de colonización territorial, proceso que hace pedazos las utopías izquierdistas del *mestizaje étnico*».

El optimismo y la esperanza

ANTE lo evidente, nunca pueden faltar optimistas que intenten poner su contrapunto. Desde el mundo académico, muchos autores, contra toda evidencia, han intentado negar que Europa esté en decadencia. De hecho, ante la consabida comparativa con la caída del Imperio romano, algunos autores han intentado negar su decadencia demográfica. El ejemplo más flamante y flagrante es el de Santos Mazzarino y su obra *Aspectos sociales del siglo iv*. Contra la tesis de Beloch y otros historiadores, niega la decadencia demográfica y atribuye la caída de Roma a las revueltas internas. No sería difícil, aunque sí extenso, argumentar a fa-

vor de la tesis demográfica. Sin embargo ello nos alejaría del tema, que es constatar la grave crisis por la que está pasando Europa. En el estudio mencionado anteriormente, *Ante la decadencia de Europa*, se puede leer: «Respecto a lo primero, Europa va camino de ser una gerontocracia. Hoy, la media de edad de los europeos es de 39 años, ya la superior del planeta; en el año 2050 será de 47 años. En el año 2004, había en Europa 18 millones de personas mayores de 80 años; en el 2050 serán más del doble, 50 millones. Cada vez habrá menos jóvenes y más mayores. El porcentaje de mayores de 60 años se doblará; el de aquellos en edad de trabajar disminuirá. Y respecto a lo segundo, Europa se está despoblando y lo hará más aceleradamente en el futuro». Por países podríamos aportar algunos datos más que significativos. El experto demográfico noruego Asle Rein Henriksen augura que en el año 2100, Noruega tendrá 13,3 millones de habitantes de los que sólo 4,3 millones serán autóctonos. De momento Oslo ya cuenta con un 28 % de inmigrantes y en algunos barrios musulmanes ya empiezan a aparecer parejas que velan por la *sharia*.

Mientras tanto, podríamos preguntarnos: ¿cómo estamos reaccionando? ¿Somos conscientes de la gravedad de la situación? Ya que el optimismo a nada conduce, ¿hay solución en la esperanza? Juan Pablo II, en su momento publicó la exhortación apostólica *Ecclesia in Europa*. En ella se recogen las reflexiones de la Asamblea sinodal sobre Europa, celebrada en 1999, tras la cual, señalaba el Papa: «Se ha llegado a la clara convicción de que la situación está marcada por graves incertidumbres en el campo cultural, antropológico, ético y espiritual». No corresponde a este artículo ni resumir la exhortación ni proponer las soluciones, pero sí relatar un pequeño hecho demográfico que ha pasado prácticamente desapercibido en la historia de la demografía y no se ha atendido a su iluminadora importancia.

Entre las tasas de fertilidad más altas recogidas por la ciencia demográfica en la historia, están las de las mujeres canadienses de origen francés a lo largo del siglo xviii. Se calcula que las mujeres llegaron a tener una media de entre doce y trece hijos. Esta tasa, francamente altísima, se produjo en un claro contexto cultural y político: la población católica francesa en el Québec se hallaba a punto de ser absorbida por la población anglosajona protestante que la había derrotado militar y culturalmente. La impresionante tasa de natalidad, con otras palabras, las familias numerosas católicas, preservaron la comunidad, su religión y cultura, en medio de un mar de protestantismo. ¿Podrá el reaccionar el catolicismo como hicieron aquellas familias? Si no es así, el futuro que algunos ilustrados imaginaron para Europa, será profundamente distinto.

El ateísmo como soporte ideológico de la democracia*

FRANCISCO CANALS VIDAL (†)

EN su conocido estudio sobre *La tradició catalana*, escribió Torras i Bages: «El conjunto de principios emanados del concepto revolucionario, formando un sistema dirigido al gobierno de los hombres y a la constitución de la sociedad, es llamado generalmente liberalismo. Domina en la mayor parte de la Europa contemporánea, y principalmente en el mundo latino en uno y otro hemisferio; de modo que nuestra raza, de inteligencia privilegiadísima, que tuvo suficiente penetración racional para no dejarse engañar, en la invasión protestante, por el error en su forma religiosa y metafísica, se encuentra ahora dominada por el mismo error en lo político y práctico, debido tal vez a su temperamento generoso y poco analítico, y este error va minando visiblemente su antigua y fortísima constitución».

Escritas en 1892, y referidas concretamente a Cataluña, estas palabras expresan un discernimiento muy preciso sobre la ruina espiritual de un pueblo por efecto de una política que constituye la aplicación práctica de un sistema erróneo de conceptos sobre la vida y sobre la sociedad.

Torras y Bages no se queda en abstracciones al definir la corriente ideológica y política a que se está refiriendo, sino que prosigue, precisando al máximo la identidad del movimiento tan severamente calificado:

«La inmediata filiación histórica y racional de nuestro liberalismo se encuentra incuestionable mente en la famosa declaración de los derechos del hombre y en *El contrato social*, de J. J. Rousseau. La constitución política de las naciones modernas, por

lo menos en cuanto a la sustancia y el espíritu, proviene indudablemente de aquellos principios.»

Conviene atender al hecho de que el que ha sido considerado como definidor de la tradición de Cataluña, afirma explícitamente que el sistema que inspira

las constituciones políticas en las naciones modernas es en el fondo el mismo error, en vertiente práctica, que en su forma religiosa y metafísica había ejercido su influencia en Europa desde la revolución religiosa protestante.

En este punto hay que subrayar también que su juicio está en perfecta concordancia con lo que había enseñado el papa León XIII, que en su carta encíclica sobre la constitución cristiana de los estados —*Immortale Dei*, de 2 de noviembre de 1885— había dicho:

«Las novedades dañosas y deplorables promovidas en el siglo XVI, que trastornaron primeramente las cosas de la religión cristiana, vinieron, como consecuencia natural, a trastornar la filosofía, y por medio de ésta todo el orden

de la sociedad civil. De aquí surgieron como de su fuente los modernos principios de libertad desenfrenada, inventados en la gran revolución del pasado siglo, y que han sido propuestos como base y fundamento de un derecho nuevo, nunca conocido antes, y que es en muchos aspectos opuesto no sólo al orden cristiano, sino también al orden natural.»

El texto pontificio alude claramente a la Revolución francesa —«la gran revolución del pasado siglo»— como expresión práctica de los falsos principios surgidos en el transtorno filosófico del siglo XVIII. El carácter de novedad radical, de ruptura completa con el pasado, y el hecho de que los principios revolucionarios puedan ser calificados como contenido esencial de la modernidad política, no son para León XIII en modo alguno motivo de vaci-



León XIII

* Ponencia pronunciada en la XXI Reunión de Amigos de la Ciudad Católica (Alcobendas, Madrid, 12-14 de noviembre de 1982. Reproducida en *CRISTIANDAD*, núm. 628-631, julio-octubre de 1983.

lación en su denuncia, sino más bien como un rasgo que sugiere su completa oposición al orden natural de la fe cristiana.

De modo especial León XIII condena en este documento aquel elemento esencial del liberalismo por el que este sistema «imagina un poder político que no tiene en Dios su principio». Por esto, en su encíclica *Libertas*, pudo presentar al liberalismo como la puesta en práctica de una filosofía naturalista, excluyente de toda acción divina y de toda soberanía de Dios en el universo y en la sociedad humana.

Torras y Bages se movía, pues, en línea de acuerdo profundo con el pensamiento de la Iglesia, expresado luminosamente en las enseñanzas vigorosas de Pío IX, y reafirmado y sistematizado con precisión y admirable coherencia conceptual por el papa León XIII.

Los equívocos de lenguaje son inseparables de la confusión de los conceptos, y del desconocimiento de la realidad y del sentido de los acontecimientos. Esta confusión en que vivimos inmersos es la causa de la sorpresa y el desconcierto que produce hoy en muchos al encontrar afirmado por el magisterio pontificio, o por la doctrina de un hombre de Iglesia como Torras y Bages, que el sistema político presente en las constituciones modernas del mundo occidental tenga que ser considerado prácticamente como responsable de la profunda descristianización de los pueblos en nuestro tiempo.

La seducción y equivocidad de la palabra «democracia» puede simbolizar bien este desconcierto y confusionismo. No se cae en la cuenta muchas veces de que con este término no se significa ya generalmente en nuestros días una organización política, que asegure el derecho de los ciudadanos a participar en la vida pública y en el ejercicio del poder —legítimo concepto tradicional—, sino que significa hoy la palabra democracia toda una concepción del mundo: la que atribuye a la voluntad humana, como «voluntad general», el carácter de fuente primera y única del orden social, y también el de origen autónomo e independiente —frente a cualquier legislación divina natural o revelada— de todo valor y norma ética. Inherente a esta filosofía es, por lo mismo, el interpretar la «democracia» como un absoluto, y el ejercicio de la misma como algo en que la humanidad ejercita prácticamente el rechazo de toda norma trascendente a lo humano.

Acostumbrados a planteamientos que, o bien sugieren una como neutralidad de la Iglesia en las mismas cuestiones fundamentales de la política contemporánea, o bien presuponen por el contrario como un imperativo cristiano la entrega al servicio de la corriente que, partiendo del liberalismo de la revo-

lución francesa y de su concreción democrática, pasa, mediante la «profundización de la democracia», a la construcción del «socialismo», se hace urgente despertar de estos sueños y contemplar simplemente la realidad de las cosas.

Nunca, en toda la historia del mundo cristiano, error alguno, o herejía deformadora del contenido revelado o corruptora de las leyes morales originadas en el Evangelio, ha tenido tanta eficacia descristianizadora como la que han alcanzado a tener sobre millones de hombres en nuestra época, los errores prácticos, nutridos en filosofías anticristianas, que se han ejercitado en la política del mundo occidental en el curso sucesivo de las modernas revoluciones.

Nos conviene meditar con seriedad y auténtico realismo sobre el acierto profético, en el sentido pleno y verdadero de esta palabra, esto es, en el juicio dado desde Dios mismo sobre los acontecimientos humanos, con que el papa Benedicto XV calificaba en 1920, mientras estaba en curso el proceso bélico y revolucionario que conducía a la formación de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, al socialismo, como «el más mortal enemigo de la vida cristiana» (*Bonum sane*, en 25 de julio de 1920, sobre el cincuentenario de la proclamación del patrocinio de san José sobre la Iglesia universal).

El término socialismo, como los de democracia o liberalismo ha ejercido aquella seducción que, como notaba Torras y Bages, puede tentar a una desorientada generosidad que perturba la mente haciéndola incapaz de contemplar con análisis riguroso la realidad de los acontecimientos. Son muchos los que siguen pensando en que lo esencial en estos sistemas es la defensa de la libertad política, el igual derecho a la participación por parte de todos los ciudadanos, y el empeño en mejorar las condiciones de vida de las clases trabajadoras. Sobre este presupuesto equivocado se pretende que no sólo la fe católica no tiene nada que objetar a tales sistemas, sino que en ellos se realizan los ideales evangélicos.

Esta engañosa perspectiva impide percibir el concreto dinamismo de la corriente revolucionaria, y su orientación esencial, radical y profundamente anticristiana. Una llamada de atención en orden a corregir esta deformadora perspectiva la hallamos en las palabras de Dostoyevski en *Los hermanos Karamazov* al presentar a Aliosha; para mostrar la sencillez, sinceridad y coherencia del protagonista de su gran obra escribe:

«... apenas, recapacitando seriamente, hubo de convencerse de que la inmortalidad y Dios existían, en el acto y naturalmente díjose: quiero vivir para la inmortalidad y no aceptaré compromisos a medias. Igualmente, de haber decidido que no había inmor-

talidad ni Dios, en el acto se habría hecho ateo y socialista (porque el socialismo no es sólo el problema del trabajo o del llamado Cuarto Estado, sino también, y principalmente, el problema de la Torre de Babel, edificada precisamente sin Dios, no para llegar al cielo desde la tierra, sino para traer a la tierra el cielo).»

Estas afirmaciones del pensador ruso sobre el sentido y orientación del socialismo, expresadas en un paréntesis que quiere dar razón del enlace ateo y socialista, aportan ideas de importancia fundamental para comprender nuestro mundo contemporáneo. Ningún problema concreto, por urgente que pueda ser o parecer, debería desviarnos nunca de atender a lo que es principal en las corrientes que han desterrado a Dios cada vez con mayor negativa radicalidad de la vida colectiva de las sociedades antes cristianas.

Contempladas así, es decir, en una actitud que busque lo esencial de las cuestiones, no nos sorprenderían, antes bien, los comprenderíamos íntimamente en su razón de ser, los insistentes juicios condenatorios de la Iglesia sobre los sistemas hegemónicos en la política contemporánea. Entenderíamos muy claramente por qué Pío IX rechazó la posibilidad de que la Iglesia católica pudiese «reconciliarse con el progreso, con el liberalismo y con la moderna civilización», por cuanto, para la mentalidad a que se enfrentaba, lo principal y esencial del progreso y de la modernidad es la emancipación del hombre frente a Dios. O que Pío XI pudiese afirmar que «no se puede ser verdaderamente católico y al mismo tiempo socialista verdadero» y que proclamase que «el comunismo es intrínsecamente perverso».

De aquí la misteriosa responsabilidad de los pastores de la Iglesia y de los fieles cristianos ante unos errores prácticos que ejercen su acción globalmente, desde una acción política entendida como algo absoluto y originario, sobre todas las dimensiones de la vida humana y combaten la idea misma de Dios hasta en los ámbitos más íntimos de la vida familiar y educativa.

En todo tiempo el cristianismo ha de estar dispuesto «a obedecer a Dios antes que a los hombres», pero en otras épocas esta opción por el servicio de Dios había que hacerla frente a poderes que invocaban a Dios, para oponerse vanamente en su nombre al anuncio evangélico, o frente a decisiones concretas y singulares en que los poderes humanos ejercían una injusta opresión sobre derechos legítimos o sobre la misma libertad de la acción de la Iglesia. Lo característico de nuestro tiempo es que, desde un radical antropocentrismo antiteísmo, se ejerce en la propia vida colectiva y política al alzarse del hombre inmerso en el pecado «contra todo lo que se llame Dios o reciba culto».

El papa Pío XII, en la Navidad de 1944, enseñaba:

«Una sana democracia, fundada sobre los inmutables principios de la ley natural y de las verdades reveladas, será resueltamente contraria a aquella corrupción que atribuye a la legislación del Estado un poder sin freno ni límites, y que hace también del régimen democrático, no obstante las contrarias pero vanas apariencias, un verdadero y simple sistema de absolutismo.»

En el filósofo Spinoza, una de las fuentes más decisivas del pensamiento de Rousseau en *El contrato social*, la democracia es «el más absoluto de los regímenes políticos». Este absolutismo es esen-

Podemos decir que nos encontramos en el principio, o mejor, en los orígenes de la tentación del hombre, en los orígenes de un larguísimo proceso que se va desarrollando a lo largo de toda la historia. Incluso en el marco aparentemente simple de la descripción bíblica, no podemos por menos de quedar sorprendidos por la profundidad y la actualidad de este problema. Satanás no logra vencer del todo, esto es, se muestra incapaz de sembrar en el hombre una rebelión total, esa rebelión total que el demonio lleva en sí mismo. Logra, en cambio, provocar en el hombre una flexión hacia el mundo, que le desvía progresivamente en dirección contraria al destino a que estaba llamado. Desde ese momento el mundo quedará convertido en campo de la tentación del hombre: campo para volver las espaldas a Dios, de diversas formas y en diverso grado; campo de rebelión en vez de colaboración con el Creador; campo donde se alimenta la soberbia humana, en vez de alimentar la búsqueda de la gloria de Dios. El mundo como palestra de la lucha entre el hombre y Dios, de la contraposición de lo creado con el Creador; éste es el gran drama de la historia, del mito y de la civilización.

KAROL WOJTYLA: *Signo de contradicción*

cial a la democracia moderna desde sus presupuestos filosóficos, y tiene el sentido de que por la democracia ejerce el poder político en la forma más plena su poder de ser el origen primero y único de toda norma y valor moral.

Por ésto, lo que Pío XII caracterizaba como sana democracia –entendiendo este término en el significado en el que lo emplearon los grandes doctores escolásticos– es algo que no podría ser nunca admitido por un demócrata moderno inspirado en la filosofía del liberalismo. Nunca podría aceptar el principio ni la realidad del «Estado católico», tal como definió Pío XI: «Aquel que tanto en el orden de las ideas y de las doctrinas cuanto en el orden práctico nada quiere admitir que no esté de acuerdo con la doctrina y la práctica católica».

El presupuesto de la vigencia de una norma trascendente a la voluntad humana, y reconocida como ley natural o verdad revelada, a que se refería Pío XII como carácter esencial de una sana democracia, será siempre rechazado desde una filosofía liberal, como una imposición que violentaría el libre juego democrático de las fuerzas sociales. La democracia liberal invocará en la práctica la realidad pluralista de la sociedad contemporánea, y vendrá a sostener que para una sociedad moderna sólo el criterio de la voluntad mayoritaria expresada a través de la representación democrática, podrá ser tomada como un criterio válido, cuya vigencia pueda asegurar la convivencia y unidad del cuerpo social.

Pero el principio filosófico desde el que se invoca así, por una parte, el pluralismo y, por otra, la voluntad general expresada como voluntad mayoritaria, contiene la afirmación absoluta de que es la voluntad humana colectiva la norma incondicionada, y que rechaza por lo mismo reconocer la vigencia de una norma trascendente de origen divi-

no. De aquí la insalvable contradicción entre la filosofía del liberalismo y la «constitución cristiana de los estados».

Enseñó Juan XXIII en la encíclica *Pacem in terris*: «Ciertamente que no puede admitirse como verdadera la doctrina según la cual la voluntad humana, individual o social, sería la fuente única y primera de donde se originan los derechos y deberes de los ciudadanos y de donde reciben su fuerza obligatoria las constituciones y la autoridad misma de los poderes públicos.»

Por esto se pudo también enseñar, en el espléndido documento pastoral titulado *Dios y el César*, promulgado por Torras y Bages en su carácter de obispo de Vich en el año 1911:

«Los cristianos nunca admitirán aquel principio del parlamentarismo moderno de que una mayoría pueda hacer justo lo injusto o injusto lo justo.»

Si el juicio parece no haberse cumplido de hecho, conviene reconocer que su verdad y su vigencia se mantiene intangibles, y esto precisamente en el sentido de que nunca podría un cristiano como tal, siendo consecuente con su fidelidad a Cristo, entregarse a la determinación por la voluntad humana del orden moral y de los principios del derecho en lo que éste tiene de fundamentado en el orden puesto por Dios en la naturaleza humana.

La obediencia a Dios antes que a los hombres y no choca sólo con determinaciones singulares, o con imposiciones idolátricas o de falsas religiones desde los poderes políticos. Nos hallamos ante acciones políticas en lucha contra la idea de Dios y trabajando activamente en la «secularización», en el apartamiento de la vida humana de toda orientación eterna y trascendente, en la educación de los hombres para «la muerte de Dios» y la autodivinidad de sí mismos.

Quando, en el capítulo tercero del Génesis, el Maligno dice: «Se os abrirán los ojos y seréis como Dios» (Gén 3,5), en estas palabras encontramos todo el panorama de la tentación del hombre, del propósito de enfrentarlo con Dios hasta la forma más extrema. Puede decirse que en la primera etapa de la historia del hombre esta tentación no sólo no fue aceptada, sino que ni siquiera recibió una formulación plena. Pero han llegado los tiempos en que ese aspecto de la tentación del Maligno ha encontrado su contexto histórico adecuado. Puede ser que dicho aspecto represente el más alto grado de tensión entre la Palabra y la anti-Palabra en la historia de toda la humanidad. Semejante concepción de la alienación comporta no sólo la negación del Dios de la Alianza, sino la negación de la idea misma de Dios, la negación de su existencia y al mismo tiempo el postulado –y en cierto sentido el imperativo– de la liberación de la idea de Dios, para afirmar al hombre.

KAROL WOJTYLA: *Signo de contradicción*

Si «Dios no existe»... el mal es obligatorio*

JOSÉ M.^A PETIT SULLÁ (†)

LA bondad y sabiduría de Dios están de tal manera manifestadas en sus obras que no puede rechazarse a Dios sin negar a la vez toda la relativa perfección y bondad que hay en las obras de su creación en tanto que participan en alguna medida de la infinita bondad y sabiduría divinas. Siendo el hombre la más semejante a Dios de cuantas criaturas hay en la naturaleza, la más justa apreciación del hombre, la más digna y elevada, sólo ha sido plenamente reconocida por la filosofía cristiana. De ahí también que la política en ella inspirada haya sido la que mejor reconoce y respeta los derechos del hombre.

La explícita intención de negar a Dios, creador, providente y fin último del hombre no sólo ha ofuscado la realidad de sus obras sino que ha hecho que éstas fueran juzgadas por el ateísmo postulativo como realidades a superar enfrentándose con ellas. La condenación del mundo gentil como culpable de su desconocimiento de Dios que hace san Pablo en su carta a los Romanos se fundamenta en que «los atributos invisibles de Dios resultan visibles por la creación del mundo, al ser percibidos por la inteligencia» (c. 1, v. 20), lo cual supone que la inteligencia humana está naturalmente capacitada para juzgar de la perfección que, según su especie, hay en cada cosa creada. Por lo mismo, el ateísmo radical tiene que comenzar, para no elevarse al pensamiento de Dios, por negar la perfección y bondad de cada criatura.

Aunque parezca que tal conclusión es forzada, desde la perspectiva de un cierto agnosticismo que procede de la Ilustración y de Kant, que se reflejaban en un vago teísmo filosófico y en una moral

«natural», no lo es si se juzga en la perspectiva de la filosofía atea contemporánea tal como se encuentra, por ejemplo, en Marx, Nietzsche y Freud. Basta, para comprobarlo, acercarse a la lectura de estos filósofos deslindando de su contenido intrínseco aquellas concesiones humanitarias y que tienen únicamente una motivación política, de pequeña o de gran envergadura.

Pero cuando el proceso de negación de la criatura para rechazar al Creador, en oposición a las palabras del salmista: «Cuán grandes son tus obras, ¡Oh Yahvé!» (Sal 91,6), «¡Cuán numerosas son, Yahvé, tus obras! Todas las hiciste con sabiduría» (Sal 103,24), llega a consumarse en la negación de Dios, entonces se produce lógicamente el proceso inverso, esto es, de la no existencia de Dios se infiere que debe amarse más aquello que se le opone. Si no existe el Sumo Ser, la Suma Verdad y la Suma Bondad cualquier forma finita de ser, de verdad y de bondad son vistas como la constatación de la finitud radical, y la respectiva «conformación» respecto

a ellas es juzgada como aceptación de la finitud, esto es, como alienación del hombre. No sólo está alienado el hombre que cree en Dios sino todo aquel que se conforma con la misma realidad natural.

Si Dios no existe, el ansia de infinitud que condiciona al hombre, y en cierto modo le define, sólo puede ser llenada por la negatividad de toda realidad finita. Ahora bien, siendo las cosas creadas, y el hombre mismo entre ellas, la manifestación de algún grado de perfección, la negatividad toma el carácter de rebelión contra toda forma de ser, de verdad y de bondad. En el fondo de toda rebelión como sistema está la afirmación, en verdad satánica, de la preeminencia del no ser, de la mentira y del mal. Tal conclusión la usó Ramón Llull para probar, por reducción al absurdo, la existencia de Dios: «Si Dios



Ramon Llull

* Artículo publicado en CRISTIANDAD, núm. 561-562, noviembre-diciembre de 1977.

no es, se sigue que sea amable su privación y que sea odiable su ser... de donde se sigue naturalmente que el bien es odiable y el mal amable, y que los mayores males son más amables que los menores; y esto es imposible, según la experiencia que tenemos de ello y que es razón natural» (*Arbre de Sciencia*, VI, 1, pág. 44, Obras de Ramón Llull, Palma de Mallorca, 1923).

Lo que Ramón Llull intuyó de forma genial, lo podemos ver hoy constatado en la filosofía anticristiana de Nietzsche, con la brutalidad que le permite su escasísimo interés político por enmasca-

rar la crudeza de su pensamiento. En este autor, seguramente el más explícitamente anticristiano, puede seguirse el pensamiento contemporáneo dejando de lado las hipocresías que engendran el deseo de la popularidad. Significa ello que Nietzsche es la más perfecta encarnación del pensamiento y de la praxis del ateísmo contemporáneo en esta época en que predomina como nunca el espíritu del Anticristo.

Exponemos a continuación, un conjunto de pensamientos de las obras póstumas de Nietzsche, para constatar esta realidad del «humanismo» ateo y de una moral anticristiana:

«Yo quiero restituir al hombre, como propiedad suya, como producción suya, toda la belleza y sublimidad que ha proyectado sobre las cosas reales e imaginadas para hacer de este modo su más bella apología» (*La voluntad de dominio*, L. II, 1, n.º 135, pág. 83, *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1932).

«El hombre es un animal lleno de doblez, de mentira, de artificio, de disimulo, siniestro y terrorífico por su prudencia y astucia para los demás animales; en cuanto moraliza se muestra superficial» (*Filosofía general*, pág. 172).

«Yo he declarado la guerra al clorótico ideal cristiano (con todo lo que a él es afín)... para poner fin a su tiranía y dejar libre el campo para nuevos ideales, para ideales más robustos» (*La voluntad de dominio*, n.º 361, pág. 208).

«El camino de la libertad. – Cercenarse el pasado (contra la patria, la fe de los antepasados, de los contemporáneos); el comercio con los “rechazados” de todo género (en la historia y en la sociedad); derribar lo más sagrado, afirmar lo más prohibido: el placer de hacer daño, en grande estilo, en vez del respeto; cometer toda clase de crímenes; tentativa de nuevas valoraciones» (*Filosofía general*, pág. 27).

«Se ha llamado Dios a todo lo que debilita, a todo lo que predica la debilidad, a todo lo que contagia la debilidad... Hay que guardar respeto a la “fatalidad”; la fatalidad que dice a los débiles “¡desapareced!”» (*La voluntad de dominio*, n.º 54, pág. 35).

«La fe en nosotros mismos es la más fuerte cadena y el más fuerte latigazo y las más poderosas alas. El cristianismo debería haber elevado a artículo de fe la inocencia del hombre; los hombres, entonces, hubieran llegado a ser dioses» (*ibid.* n.º 149, pág. 94).

«Yo considero al cristianismo como la más nefasta mentira de seducción que haya existido hasta el presente, como la gran mentira impía; yo discierno las ramas y los últimos brotes de su ideal bajo todos los demás disfraces, yo rechazo toda clase de compromiso con él, todas las posiciones falsas; yo predico la guerra contra él» (*ibid.*, n.º 200, pág. 119).

«El “sujeto” no es más que una ficción: no existe el “ego” de que se habla cuando se censura el egoísmo» (*ibid.*, n.º 370, pág. 211).

«Siempre quedará por demostrar que el veraz tenga más valor moral que el engañador en lo que se refiere al gobierno de la humanidad. Todos los grandes y poderosos han sido aquí engañadores: su misión así lo exigía» (*Filosofía general*, pág. 18).

«¿Dónde iría yo a buscar, con alguna esperanza filosófica de mi estilo, por lo menos

filósofos que respondieran a mis exigencias? Solamente allí donde reinase una manera de pensar aristocrática, que considerase la esclavitud y otra cualquier clase de dependencia como un supuesto de toda alta cultura; donde reinase una manera de pensar creadora que no viese en el mundo un lugar de paz, el “sábado de todos los sábados” sino ahora, y en estado de paz, el medio para la guerra. Una manera de pensar que mirase al futuro y tratase el presente con dureza y tiranía; una manera de pensar sin escrúpulos, inmoral, que quisiese administrar en grande las buenas y malas cualidades del hombre, porque confía en saber emplearlas diestramente» (*La voluntad de dominio*, n.º 464, página 271).

«No hay ni “espíritu”, ni razón, ni pensamiento, ni conciencia, ni alma, ni voluntad, ni verdad: éstas no son más que ficciones inútiles» (*ibid.*, n.º 480, pág. 281).

«(Los cristianos) se trata de la más funesta manía de grandeza que ha habido hasta el presente sobre la tierra; si estos pequeños abortos mentirosos, estos cazurros comienzan a acaparar para ellos las palabras “Dios”, “juicio final”, “verdad”, “amor”, “sabiduría”, “Espíritu Santo”, y se sirven de ellas para fortificarse contra el mundo; si esta especie de hombre comienza a retorcer los valores según sus propias miras, como si fueran éstas a las que correspondiese ser el sentido, la medida, el peso de todo el resto, sería preciso construir casas de locos para ellos y no hacer otra cosa. El haberlos perseguido fue una antigua estupidez del gran estilo, fue tomarles demasiado en serio, fue darles importancia» (*ibid.*, n.º 202, pág. 120).

«El que, como buen conocedor, ha conocido que así como estamos sometidos a la ley del crecimiento, también lo estamos a la de la muerte, y que sobre todo lo nacido y creado rige un destino destructor, debe aprender a soportar esta idea con cierto júbilo. Es decir, debe ser capaz de ir a cierta crueldad refinada para afrontarla con corazón animoso. Cuando su fuerza está aún más alta en la categoría de las fuerzas, entonces es ya un creador y no un mero espectador: Así, no basta que sea capaz de ser cruel a la vista del dolor, de la destrucción y de la muerte: un individuo de esta especie debe ser cruel no sólo con los ojos del espíritu, sino con la mano y con la acción» (*Filosofía general*, pág. 29).

«El cristiano, la especie de hombre más ingenua y más atrasada, busca el origen de la esperanza, de la tranquilidad, el sentimiento de “redención” en una inspiración psicológica de Dios» (*La voluntad de dominio*, n.º 135, pág. 83-84).

«Me complace el desarrollo militar de Europa y también su anárquico estado interior; los tiempos de tranquilidad y de modorra china que Galiqni anunciaba para este siglo pasado. La destreza viril, personal, la aptitud del cuerpo recupera otra vez su valor, las valoraciones van siendo más físicas, la alimentación más carnívora. Otra vez van a ser posibles los hombres bellos. La cadavérica hipocresía (con mandarines al frente, como la soñaba Comte) ha pasado. En cada uno de nosotros se va afirmando el bárbaro y el animal feroz» (*ibid.*, n.º 127, pág. 76-77).

«¡Guerra contra el ideal cristiano, contra la doctrina de la “santidad” y de la “salvación” como fin de la vida, contra la supremacía de los pobres de espíritu, de los corazones puros, de los que sufren y de los que lloran!» (*ibid.*, n.º 217, pág. 131).

«La ventaja de estos tiempos: “Nada es verdad, todo es lícito”» (*Filosofía general*, pág. 274).

«“Deshumanización” es una palabra llena de prejuicios y suena en mis oídos casi de modo contrario que en los vuestros» (*ibid.*, pág. 174).

«El juicio “bueno” se manifiesta en nosotros como gusto: tan tiránico y seguro como el gusto por los pepinillos en vinagre o el disgusto que me produce tener a mi lado un hombre que escupe» (*ibid.*, pág. 173).

«Los sentimientos agradables y entusiastas de altrurismo, etc., deben ser criticados sin piedad; en sí, las gotas que contienen de agrado y entusiasmo no son un argumento en su favor, sino un elemento de seducción» (*ibid.*, pág. 158).

«Bastante grande para adorar lo despreciado: bastante espiritual para comprender el cuerpo como lo más perfecto: ¡éste es el porvenir de la moral!» (*ibid.*, pág. 148).

«Las grandes falsificaciones de los psicólogos: el hombre tiende a la felicidad» (*ibid.*, pág. 144).

«Lo que se apellida una “buena acción” es un mero error; tales acciones no son posibles de ningún modo» (*ibid.*, pág. 134).

«El desarrollo de la codicia, de la mentira y el disimulo, de la crueldad, de la lujuria, de la desconfianza, de la dureza, del deseo de dominio de las cosas, de alto valor» (*ibid.*, pág. 134).

«Puesto que el odio, la envidia, los apetitos, la cólera, el deseo de dominio todavía existen, hay que presumir que tienen sus funciones de conservación. Y el “hombre bueno” —sin los afectos poderosos del odio, de la inclinación al desprecio, sin enemistad— es una degeneración o un autoengaño» (*ibid.*, pág. 133).

«La creencia en el ser se afirma solamente como una consecuencia: el verdadero móvil primero es la falta de fe en el devenir, la desconfianza respecto del devenir, el desprecio del devenir...

«¿Qué clase de hombre razona así? Una especie improductiva y doliente, una especie fatigada de la vida. Si imaginamos la especie de hombres contraria, ésta no tendría necesidad de la creencia en el ser: mejor aún, despreciaría al ser como algo muerto, enojoso, indiferente» (*La voluntad de dominio*, n.º 585, pág. 336).

Tiene la humildad cierta cualidad que con modo admirable levanta el corazón, y tiene cierto atributo la soberbia que deprime y abate el corazón, y aunque parece casi contradictorio que la soberbia esté debajo y la humildad encima, sin embargo, la santa humildad, como se sujeta al superior, y no hay otra cosa más superior que Dios, ensalza y eleva al que hace súbdito de Dios; pero la altivez que hay en el vicio, por el mismo hecho de rehusar la sujeción y subordinación, cae de aquel que no tiene sobre sí superior, y por lo mismo, viene a ser inferior, sucediendo lo que dice la Sagrada Escritura: «Los abatiste cuando iban subiendo y ensalzándose»; y no dijo cuando estaban ya elevados y ensalzados, de modo que primero estuviesen ensalzados y después los derribase y abatiese, sino que cuando iban subiendo, entonces los abatió y derribó; porque el mismo acto de subir y ensalzarse es comenzar a abatirse, por lo cual al presente en la Ciudad de Dios y a la Ciudad de Dios que anda peregrinando en este siglo se recomienda principalmente la humildad que en su Rey, Cristo, singularmente se celebra; porque el vicio de la soberbia, contrario a esta virtud, nos manifiestan las sagradas letras que domina y reina principalmente en su cruel enemigo, el demonio. Verdaderamente es ésta una notable diferencia con que se distingue y conoce la una y la otra Ciudad de que vamos hablando, es a saber, la compañía de los hombres santos y piadosos y la de los impíos y pecadores, cada una con los ángeles que le pertenecen, en quienes precedió por una parte el amor de Dios y por otra el amor de sí mismo.

SAN AGUSTÍN: *La ciudad de Dios*, libro XIV, cap. XIII

Centenario de la pastoral *El Sant Sacrifici*, de José Torras i Bages

MIQUEL BORDAS PRÓSZYNSKI

«Cristo, ofreció por los pecados,
para siempre jamás, un solo sacrificio» (Hb 10, 12)

Génesis de la pastoral

EL 14 de enero de 1912 el venerable obispo de Vic, monseñor José Torras i Bages, publicó *El Sant Sacrifici*, una pastoral para su diócesis, destinada a la preparación de la Pasión y Resurrección del Señor, con ocasión de la Cuaresma de aquel año. El tema de este escrito es la Eucaristía y, en especial, su valor expiatorio,¹ tal y como reza su título. Ya la pastoral del año anterior, *Pa d'àngels*, versó sobre el sacramento eucarístico, vínculo de unidad, y las disposiciones necesarias para recibirlo.² El motivo más inmediato que le ha llevado a escribir esta nueva pastoral, según nos lo anuncia él mismo en las primeras líneas, es atender al «encargo de orden espiritual» que le había formulado años atrás su amigo, el poeta Juan Maragall, fallecido pocas semanas antes.³

1. Vid. *Obres completes de Josep Torras i Bages*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1984-1994, v. VI, p. 69-105. Escrita en catalán, es nuestra la traducción de las citas aducidas en el presente artículo.

2. Vid. *Obres completes*, v. V, p. 550-581.

3. Escribe al respecto el obispo a Clara Noble, viuda de Maragall: «*Me parece que esta pastoral tiene que ser un sufragio por su alma [de Maragall], y si alguien, movido por su lectura, oye más devotamente la Santa Misa, el querido difunto tendrá su parte en ello. Y los hijitos de Vdes. que la lean como una instrucción piadosa que su padre les escribe desde el otro mundo*» (8 de febrero de 1912), cf. *Epistolari de Josep Torras i Bages*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1994-1998, v. IV, p. 295, traducción propia. En cuanto a la indicada petición del poeta, ésta se remonta a 1905, dado que en una carta de 19 de noviembre de 1905 el prelado contestaba al primero: «*Tomo nota de lo que me dice de una pastoral sobre la misa, porque el Santo Sacrificio es la fuente de toda la piedad cristiana. En ella, en la misa, que ahora me alzo para ir a celebrar, lo tendrá presente su afmo. amigo y servidor en Cristo*» cf. *Epistolari*, v. III, p. 118, traducción propia. Al año siguiente, Mons. Torras publicó su habitual pastoral de Cuaresma, *El nostre pa de cada dia*, como comentario al decreto de la Sagrada Congregación del Concilio sobre la comunión frecuente y diaria, vid. *Obres completes*, v. V, p. 213-230. Con este motivo, escribió el 14 de abril de 1906 al poeta barce-

Nos interesa notar en este lugar que la primera obra escrita del doctor Torras, redactada aún siendo joven sacerdote en 1879 y que ha devenido un clásico de la piedad popular, *El mes del Sagrat Cor*, ya contiene una sólida y madura, a la par que emotiva, explicación sobre la vida dolorosa y el sacrificio del Sagrado Corazón, que se perpetúa en la Santa Misa,⁴ doctrina que posteriormente retomará con frecuencia.⁵ Hay que tener presente, como evoca Ignacio Casanovas, S.J., que el magisterio más elocuente del prelado vicense lo constituía su grave y dignísima forma de celebrar el Santo Sacrificio del Altar.⁶

lonés: «*A no más tardar recibirá V. una pequeña pastoral mía, con motivo del decreto pontificio sobre la comunión cotidiana; V. me dijo un día que escribiera una pastoral sobre la misa, es claro que todavía no es ésta, pero se acerca; puesto que la Comunión es parte principalísima del Sacrificio de Jesucristo*» cf. *Epistolari*, v. III, p. 155, traducción propia. Se percibe en esta correspondencia como es constante en la mente del Mons. Torras i Bages la intención de escribir sobre la centralidad del «Sacrificio» eucarístico ya desde 1905.

4. Vid. *Obres completes*, v. IV, p. 163-283. En especial, los días XIX-XXII del referido *Mes* (p. 230-244).

5. Como se puede comprobar fácilmente en el índice de nombres compilado por el presbítero Andrés Soler i Soley que figura inserto en el volumen X de las mencionadas *Obras completas*, Torras i Bages trata del tema del sacrificio en numerosas otras ocasiones, tanto en escritos como en sermones: v. IV, p. 88, 575, 608; v. V, p. 236, 249, 567; v. VI, p. 190-194; 198-201; v. VIII, p. 85, 108, 149-151, 334-335, 363-365, v. IX, p. 293-297, 486.

6. «*Cuando iba al altar parece que no hubiera nada más que hacer en el mundo: tal era la pausa majestuosa y la entrega total de la persona a aquel sacrificio divino. Inteligencia, voluntad y todos los sentidos corporales quedaban dominados por una realidad misteriosa, que se reflejaba como en un espejo en aquella cara serenamente transfigurada, en aquel orar mezclado de fortaleza y suavidad, en aquellos movimientos concientes dentro de una gran naturalidad. Lo mismo era verlo en un pontifical solemne como en aquel oratorio particular donde decía la misa diaria*» cf. *Exemplaritat de l'Il·lustríssim Doctor Torras i Bages*, Foment de Pietat, Barcelona 1928, p. 119, cita re-

«Toda la vida cristiana se encamina al Santo Sacrificio»⁷

EL prelado catalán inicia su pastoral recordando que, también en su sentido corriente, el sacrificio, aunque implique destrucción, tiene siempre a la obtención de un bien más excelente y conlleva una purificación de nuestra naturaleza. Además, el sacrificio presupone necesariamente una imperfección, el pecado, que el hombre, por sí solo, no puede satisfacer o reparar. Por ello vino al mundo Cristo, el Hijo de Dios y de María, verdadero Dios y verdadero hombre, «*emparentándose Dios con nosotros con los lazos de la consanguinidad*»⁸ para ofrecer un sacrificio infinito por todo el linaje humano. En la cruz, «*el sacrificio más doloroso fue el de nuestro dulcísimo Redentor Jesús*».⁹ *Ahí nos abrió las puertas de la gloria eterna. Nuestra participación en este sacrificio, aunque dolorosa, es fuente de gozo, puesto que origina nuestra dignidad y nos muestra el designio divino para con el hombre:*

«*Dios, con su inefable bondad e infinita sabiduría, ha querido que el hombre, ayudándole Él con su gracia, se hiciera a sí mismo; que cada uno fuera hijo de sus obras, que la elevación a la vida eterna se obtuviera con el esfuerzo personal, aumentando así la dignidad humana, como convenía para merecer la entrada en la dignidad divina; y por ello el Verbo eterno, revestido de nuestra carne, se juntó con nosotros, se puso delante nuestro, para conducirnos a la vida sobrenatural de la gracia, y darnos la alegría de una participación divina.*»¹⁰

«*La inmolación de Jesús en la cruz es el momento cumbre de la historia. Los sacrificios y oblaciones «que los hombres de la ley natural y de la ley escrita ofrecían a Dios, se juntaban y unían con el sacrificio de Jesucristo».*»¹¹ A su vez, el Apocalipsis nos revela la culminación de este sacrificio del Cordero que murió por la humanidad, unidos como esposo con esposa, para elevarla y hacerla partícipe de su felicidad y gloria.¹²

cogida en Solà i Moreta, F., *Biografía de Josep Torras i Bages*, v. II, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1993, p. 434-435 (traducción propia).

7. *El Sant Sacrifici*, loc. cit., p. 71.

8. *Íbid.*, p. 75.

9. *Íbid.*, p. 73.

10. *Íbid.*, p. 75.

11. *Íbid.*, p. 76.

12. *Íbid.*, p. 77.

La Santa Misa, actualización del Santísimo Sacrificio

AHORA bien, resalta el doctor Torras que Jesús nos ha dejado la Santa Misa en prueba permanente de su amor, auxilio y fortaleza en nuestro camino terrenal.¹³ Ésta es:

Una mística reproducción del sacrificio del Calvario, en la cual Jesucristo, por ministerio de su Iglesia, aplica de nuevo a los hombres sus infinitos méritos. Por ello, nuestro divino Redentor la instituyó en la noche de la Cena, y juntó el Cenáculo con el Calvario, y la mesa de la Eucaristía con el ara de la Cruz, e hizo que los dos sacrificios, en la sustancia y esencia, no fuesen más que un solo sacrificio, porque la Víctima es la misma, el sacerdote el mismo, y sólo la manera de ofrecerse es diferente.¹⁴

La misa constituye la Iglesia y el sacerdocio. En el Santo Sacrificio del Altar cooperan Jesús y su Iglesia: siendo Él cabeza, todos los fieles se ofrecen en sacrificio, de modo que la Misa es un sacrificio universal.¹⁵ Es ahí, podemos decir, donde se confunden los méritos de los cristianos con los méritos de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor, puesto que son una palpación del mismo amor, que se entrega y que es correspondido.¹⁶ «*La misa es el sacrificio de la Iglesia universal; por todos se ofrece y todos los asistentes se lo ofrecen, como Jesús en la cruz murió por todos, y con Él mueren en espíritu de adoración y sacrificio todos los cristianos*».¹⁷ Además, mientras dure el tiempo, en la misa se unen las generaciones de la humanidad: desde Abel, Abraham, Melquisedec, nos congregamos con los santos Apóstoles y mártires, hasta con todos los cristianos e incluso con todos los hombres del mundo, puesto que rogamos por su salvación, y nos unimos a las almas del Purgatorio, invocando además a los ángeles, para alabar juntos a Dios.¹⁸ La misa es, por consiguiente, el acto más sublime de la religión, la esencia del culto cristiano, de ahí resulta la obligación de derecho natural y divino de santificar el domingo, día del Señor.¹⁹ Pero la misa no sólo es de «precepto», sino que primordialmente es cosa de un amor infinito, cuya fuente perenne es el Sacrificio de Jesús²⁰ y cuya sublimidad se revela en las horas de persecución.²¹

13. *Íbid.*, p. 78.

14. *Íbid.*

15. *Íbid.*, p. 79. Confróntese esta cita con *Lumen gentium* n° 34.

16. *Íbid.*, p. 80.

17. *Íbid.*, p. 82.

18. *Íbid.*, p. 80-81.

19. *Íbid.*, p. 85.

20. *Íbid.*, p. 88.

21. *Íbid.*, p. 89.

El autor de la pastoral incide también en la majestad del sacerdocio ministerial, puesto que el verdadero celebrante y víctima del Santo Sacrificio, hasta su consumación, es Cristo mismo, el cual obra por medio de los sacerdotes, que ostentan la representación del mismo Hijo de Dios.²² Exhorta por consiguiente a sus consacerdotes a la propia santificación, estando seguro de que cuán mayor sea la caridad con la que celebren la santa Misa, más aumentarán la fecundidad de la Iglesia.²³

La liturgia de la misa nos muestra como el Santo Sacrificio, sustancia del culto cristiano, comprende todos los elementos que forman ese culto que los hombres han de rendir a Dios.²⁴ Todo el capítulo IX de *El Sant Sacrifici* es una ilustrativa catequesis y explicación sobre el significado místico de los distintos elementos que componen el ritual de la santa misa, según el orden litúrgico establecido en 1912, incluyendo el instante supremo de la consagración:

A la hora de la consagración en la misa, en la elevación de la Hostia santa y divina, este beso felicísimo, este juntarse el cielo y la tierra, se individualiza en cada uno de nosotros, es el *consummatum est* de la cruz, es el amor triunfante que glorifica a Dios, conforta a los hombres viadores y paga las deudas de vivos y difuntos con la justicia eterna.²⁵

Es claro que la participación en el Santo Sacrificio es máximamente asequible a las almas más humildes, de natural más aptas para captar los misterios de la fe y la contemplación e imitación de nuestro Señor Jesucristo.²⁶ En cualquier caso, el sacrificio del Cordero nos infunde a los cristianos el amor a Dios y al prójimo.

Exhortación final

EL obispo de Vic termina su pastoral, habiendo expuesto la excelsitud y necesidad del sacrificio eucarístico y pidiendo a sus fieles la devota asistencia diaria a misa.²⁷ Y ello porque:

«La Santa Misa, carísimos, es por excelencia el sacrificio de justicia, que comprende el cumplimiento de los deberes esenciales del cristiano. La justicia es el equilibrio, es la armonía, es la correspondencia debida; y en el Santo Sacrificio de la Misa cumplimos nuestro deber hacia Dios, Señor omnipotente; hacia su Hijo eterno, que nos amó hasta morir por nosotros; hacia nuestro prójimo, puesto que rogamos e intercedemos por los muertos y por los vivos, y, de consiguiente, ejercitamos el amor universal; y el amor universal es la justicia universal, puesto que Dios, que es el Amor sustancial (I, Juan, IV, 16), es al mismo tiempo la Justicia absoluta (...). Este sacrificio es un acto de justicia universal, y mediante él se restablece la armonía, perturbada por el pecado, entre Dios y sus criaturas racionales. (...) Y si sólo la humilde invocación del nombre de Jesús salva, la oblación de su divina Persona, el ofrecimiento de su sacrificio, su presentación al Padre como víctima de nuestros pecados, nos ha de dar una esperanza invencible y una serenidad imperturbable en todas las contingencias de la vida. (...) Que nuestra Inmaculada Madre, la gloriosa y siempre humilde Virgen María, que de un modo tan íntimo asistió al sacrificio del Calvario, y fue constituida, allá a los pies de la cruz, cooperadora de la salvación humana, os alcance, queridos hermanos e hijos, las bendiciones divinas».²⁸

22. *Íbid.*, p. 83.

23. *Íbid.*, p. 102-103.

24. *Íbid.*, p. 93.

25. *Íbid.*, p. 98.

26. *Íbid.*, p. 100-101.

27. *Íbid.*, p. 103.

28. *Íbid.*, p. 105.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Febrero

General: Para que las familias de emigrantes, en particular las madres, sean sostenidas y acompañadas en sus dificultades.

Misionera: Para que las poblaciones que experimentan las guerras y conflictos puedan ser protagonistas de la construcción de un porvenir de paz.

Marzo

General: Para que crezca el respeto por la naturaleza, con la conciencia de que toda la creación es obra de Dios confiada a la responsabilidad humana.

Misionera: Para que los obispos, los presbíteros y los diáconos sean incansables anunciadores del Evangelio hasta los confines de la Tierra.

Catalina de Siena, la buena consejera

GUILLERMO PONS PONS

Santa y humilde consejera

CON razón la Virgen María es invocada como «Madre del buen consejo», porque *su consejo es como una fuente de vida* (cf. Si 21,16) y, en efecto, de su boca han brotado los mejores consejos, especialmente con las últimas palabras suyas que se recogen en los evangelios, al decir a los que servían en las bodas de Caná de Galilea: *Haced lo que Jesús os diga* (Jn 2, 5). León XIII, que tanta sabiduría mostró a lo largo de su muy prolongado y difícil pontificado, fue quien introdujo dicha invocación en las letanías lauretanas, con la cual Juan Pablo II recomendaba a los fieles que por intercesión de María imploraran para todos y especialmente para los Pastores de la Iglesia el don de consejo.¹

Entre las personas santas y humildes que, a ejemplo de Nuestra Señora, han sido muy buenas consejeras dentro de la Iglesia destaca Catalina de Siena, una mujer joven que uniendo benevolencia y audacia supo prodigar muy buenos consejos, que fueron de gran provecho para el Pueblo de Dios. Y muy digno de nota es la circunstancia del tiempo de crisis en que llevó a cabo su misión, así como la delicadeza y el amor con que se dirigía a toda clase de personas, como al mismo Papa, a los hombres de gobierno, a los ministros de la Iglesia y a los cristianos de toda condición social, al aconsejarles su fidelidad en el seguimiento de los caminos del Señor. Su vida transcurrió durante el siglo XIV (1347-1380), una época colmada de transtornos, de inquietudes y de no pocas incongruencias que se manifestaban en el seno de la Iglesia. ¡Cuánta luz nos pueden dar en nuestros tiempos tanto su vida como su mensaje!

Así nos lo da a entender Benedicto XVI que tomando a esta santa como objetivo de una de sus catequesis, dice así: «El siglo en que vivió –siglo XIV– fue una época tormentosa para la vida de la Iglesia y en todo el tejido social en Italia y Europa. Sin embargo, incluso en los momentos de mayor dificultad, el Señor no cesa de bendecir a su pueblo, suscitando santos y santas que sacudan las mentes y los corazones provocando conversión y renovación. Catalina es una de estas personas y también hoy nos

impulsa a caminar con valentía hacia la santidad para que seamos discípulos del Señor de un modo cada vez más pleno».²

Hija de un laborioso tintorero sienés

EN la fiesta de la Anunciación, 25 de marzo de 1347, que aquel año coincidía con el domingo de Ramos, vino al mundo Catalina en la floreciente ciudad de Siena. Ella imitaría a la Virgen con su generosa fidelidad a las llamadas divinas, a la vez que con la labor pacificadora que se le confió aclamaría a Cristo, Príncipe de la Paz, con un ferviente *Hosanna*, como eco de las voces que resonaron cuando Jesús realizaba su entrada en Jerusalén al encaminarse a consumir su obra redentora.

Catalina fue uno de los últimos frutos del matrimonio de Jacobo Benincasa, tintorero de lana, y de su mujer llamada Lapa di Puccio. Esta familia fue muy numerosa. En un antiguo árbol genealógico familiar aparecen trece hijos vivos. Desde la infancia fue descubriendo Catalina la hermosura de la fe y la piedad que configuraban el ambiente cristiano en que ella iba creciendo a la vez que asimilaba los relatos de la vida de Jesús y de la Virgen María. Ella era una niña amable y sencilla a la que las familias vecinas gustaban de tener algunos ratos consigo. Pero pronto esta niña experimentó un favor divino que, según contó más tarde a su maestro espiritual Raimundo de Capua, la impresionó sobremanera. En el cielo sereno por encima del convento de los dominicos, contempló «con los [ojos] de su cuerpo y los de su alma» la figura de nuestro Señor que le sonreía bondadosamente. Ella consideró esta visión como algo decisivo en el camino de su vida. Siendo aún una adolescente hizo voto de virginidad, del que nunca se desdijo, aun cuando para complacer a sus hermanas se aficionó un tanto a acicalarse y poner de manifiesto su belleza juvenil.

A los quince años, la muerte de su hermana preferida y la consideración de las gracias recibidas de Dios, le llevó a elegir una plena dedicación a la vida contemplativa, aunque sin ingresar en ningún convento, sino simplemente a vivirla en el retiro dentro de su casa, afiliándose a las *mantellate*, especie de terciarias dominicas, y sin dejar de ejercer las com-

1. Exhortación en la plegaria del *Regina coeli*, 7-V-1989.

2. Catequesis en la audiencia general, 24-XI-2010.



Santa Catalina tomando el hábito, de Giovanni di Paolo (1460)

plicadas labores de su hogar, como se lo exigía su madre que no comprendía que su hija predilecta renunciara a un matrimonio favorable como bien podría esperar. Su padre, sin embargo supo entender cuáles eran los ideales a que aspiraba su querida hija, por lo cual se opuso a las incomprensiones familiares, diciendo: «Desde hoy nadie molestará a esta querida hija mía ni se atreverá a poner obstáculos en su camino. Dejadla servir a su Esposo con entera libertad y que pida diligentemente por nosotros, que jamás podríamos procurarle un matrimonio tan honroso».³

Maestra y consejera

PRONTO fue conocida en Siena la vida ejemplar de la hija del tintorero Benincasa y personas de muy diversa categoría social y religiosa, a veces movidos por muy diversas circunstancias, la consideraron como orientadora e incluso como ma-

3. Estas noticias bien documentadas provienen en buena parte de la biografía de la santa escrita por su director espiritual el beato Raimundo de Capua y que recoge la eminente escritora noruega SIGRID UNDSSET, en su obra *Santa Catalina de Siena* (traducción española, Ediciones Encuentro, Madrid 2009). Esta obra, escrita en un exquisito estilo literario, es sin embargo muy fiel a la historia y se basa en valiosas fuentes biográficas de la santa.

dre espiritual. También acabarían solicitando su parecer y su intervención en asuntos de importancia varias instituciones y personajes de singular relieve. En torno a ella se fue formando una agrupación que en un sentido espiritual la consideraba como una verdadera «madre» que les aconsejaba y guiaba por los caminos de la vida cristiana, gracias al don de «sabiduría», recibido de lo Alto y que en ella se manifestaba espléndidamente. Auténticas y maravillosas transformaciones de espíritu se realizaron entre esos seguidores suyos.

No tenemos ahora espacio para detallar tales relaciones y acontecimientos, pero sí que nos conviene destacar algunos rasgos de la espiritualidad que Catalina sabía comunicar a sus discípulos, que incluso gustaban de considerarse como «hijos» suyos por razón de la vida espiritual en la que, a través de sus consejos y enseñanzas, iban progresando, algunos de ellos incluso después de una vida pecaminosa y de unas arraigadas actitudes de incredulidad. El más benemérito de los discípulos fue sin duda el beato Raimundo de Capua que mucho se benefició espiritualmente del magisterio de su dirigida Catalina, cuyo espíritu supo plasmar y transmitir en la biografía que de ella escribió.

Otro discípulo muy singular fue el noble Stefano Manconi, que después de pasar por una entrega a las liviandades y por el desengaño que le produjo la muerte de su prometida, en vez de apartarse de la mundanidad se entregó a una vida licenciosa y a fomentar las disputas y banderías entre familias ilustres, tuvo la dicha de conocer a Catalina, con lo cual su vida experimentó un cambio radical. Fue su colaborador en importantes tareas; le acompañó a Aviñón y se llenó del espíritu que desbordaba del corazón maternal de la santa, como el mismo lo refirió en una carta escrita después de la muerte de su bienaventurada madre espiritual. En este escrito afirma: «Ella tenía para mí las delicadezas, las ternuras de una madre. Me amaba más de lo que realmente merecía. [...] He estudiado con filial devoción, y siempre muy de cerca, los sentimientos y las acciones de Catalina; y declaro sobre mi alma y sobre mi conciencia, que nunca encontré un ser viviente de virtud tan comunicativa y exaltada».⁴ Por su consejo ingresó Stefano en una cartuja, desde donde escribió esta carta en la que se percibe la inspiración espiritual de la santa.

Otros muchos de esos discípulos, que eran conocidos como *caterinati*, gozaron del beneficio de verse conducidos amorosamente hacia el Señor por su madre y maestra Catalina. Uno de ellos fue el poeta Neri di Landoccio dei Paglieresi; otro fue

4. ADOLFO DE SANDOVAL, *Historia de santa catalina de Siena*, Madrid 1890, pp. 151-152.

Francesco di Vanni Malavolti, quien de ser un joven disoluto e infiel a su esposa, con sólo contemplar la mirada pura de los ojos de la santa, se sintió llamado a un total cambio de vida, aunque tuvo sus recaídas, que ella se esforzaba en subsanar con sus consejos: «Tú estás hecho un mendigo –le decía– te hallas en necesidad y tu alma sigue muerta de hambre... Consuela mi alma y deja de ser tan cruel contigo mismo y con tu salvación... Con razón puedo llamarte hijo querido pues tú me has costado muchas lágrimas y grandes amarguras y fatigas».⁵ Después de la muerte de la santa se hará monje benedictino para expiar sus desvaríos. Toda clase de personas que se acercaban a Catalina, desde un condenado a muerte al que asistió en el patíbulo y murió santamente, hasta quienes llevaban una intensa vida de piedad, todos siguiendo sus consejos se encaminaron hacia el Señor y constituyeron un hermoso plantel de cristianos entregados al amor de Dios y del prójimo.

El progreso espiritual de sus discípulos era uno de los mayores consuelos de Catalina. En una de las oraciones recogidas de viva voz por quienes la escuchaban, la santa decía al Señor: «Cuando vuelves a mí tus benignos ojos, descubro, revestidos de esta luz, a mis hijos e hijas espirituales, a mis hermanos y hermanas y a todos aquellos que de día en día te conquistó con el deseo, desplegado ante ti en la oración, de verlos fieles a ti en todo tiempo».⁶

El Corazón de Cristo

AUNQUE la espiritualidad del Sagrado Corazón de Jesús en el siglo XIV todavía no había adquirido un desarrollo muy explícito y sistemático, podemos hallar preciosos síntomas de esta devoción entre los testimonios y consejos espirituales de santa Catalina con los que vemos cómo en la sensibilidad cristiana se iba abriendo camino esta corriente que tan fecunda sería para la Iglesia.

Antes de recibir la túnica propia de las *mantellate*, tuvo Catalina una visión muy significativa. La Virgen fue quien le entregó esa vestidura muy resplandeciente, mientras le decía: «Hija, esta túnica estaba guardada en la herida del costado de mi Hijo, como en un cofre de oro. Yo la saqué del corazón de mi Hijo y le cosí las perlas con mis propias manos». La santa se inclinó profundamente y vio cómo nuestra Señora la revestía con esa túnica celestial.⁷

5. SIGRID UNDSET, *Catalina de Siena*, cit. p. 135.

6. *Obras de santa Catalina de Siena. El diálogo. Oraciones y soliloquios*, BAC 415, Madrid 2007, p. 515.

7. SIGRID UNDSET, *Catalina de Siena*, cit., p. 45.

En otra ocasión Catalina, después de haber dado un vestido a un pobre, había buscado alguna otra prenda para otro mendigo, pero no halló nada que poder ofrecerle y fue a excusarse ante él, y entonces éste le dijo: «Ya veo que eres misericordiosa, y no te molestes más. Queda con Dios». Por la noche la santa contempló a Jesús que sacando de su costado una túnica color sangre, le dijo: «Yo te daré este noble vestido, invisible para todos excepto para ti. Te será muy útil y apropiado, porque te protegerá contra el frío hasta el día en que con todos los ángeles y santos seas vestida con el resplandor de la gloria eterna del cielo».⁸

Otra experiencia mística de Catalina consistió en que, como premio del gran vencimiento de la repugnancia que le causaba el asistir a una enferma curando sus heridas purulentas, el Señor, en una visión, hizo que ella acercara sus labios a la herida del corazón de Cristo y le dijo: «Bebe, hija mía, bebe mi sangre y gustarás una dulzura que llenará toda tu alma».⁹

Más singular incluso podemos considerar el don recibido por Catalina, que se conoce como el «cambio de corazones» entre Jesús y la persona favorecida. Se trata de un fenómeno místico que también experimentaron algunas otras personas santas. El padre Royo Marín lo interpreta de este modo: «Nuestro Señor bajo el *símbolo místico* del cambio de corazones hace a la feliz criatura que recibe esta gracia un doble don: a su alma dándole disposiciones y sentimientos que reflejan las afecciones íntimas de su alma santísima; y a su cuerpo dándole un corazón en armonía con el estado interior, de manera semejante a como su Corazón sagrado se armonizaba con los impulsos de su alma. Se trata de un cambio místico, no real, de los corazones».¹⁰

En *El diálogo*, la obra principal en que se recogen revelaciones y enseñanzas provenientes de Catalina se lee que «las lágrimas proceden del corazón, y es la verdad, porque el corazón se duele tanto cuanto ama»¹¹. A causa del amor, efectivamente, existió una singular configuración entre el Corazón de Cristo y el de Catalina, que tuvo especiales manifestaciones en el amor, en el celo por la salvación de las almas y en el don de la estigmatización que, aunque fuera invisible, está bien atestiguado en los relatos biográficos y místicos de la santa.

8. *Ibid.*, p. 69.

9. *Ibid.*, pp. 84 y 99.

10. A. ROYO MARÍN, *Teología de la perfección cristiana*, BAC 114, Madrid 1954, p. 922

11. *El diálogo*, 93: BAC 415, p. 220.

Amor y consejos al Papa

El alma de Catalina estaba impregnada de un intenso amor a la Iglesia. La estancia de los papas en Aviñón y las difíciles circunstancias políticas de los numerosos estados italianos fueron causa de que se viera implicada en misiones de carácter religioso y diplomático, que nunca ella se hubiera propuesto por sí misma. En 1376 algunos individuos de la ciudad de Florencia le propusieron que acudiera, junto con otras personas, a entrevistarse con el Sumo Pontífice. Ella que, a pesar de su débil salud, se sentía impulsada a implorar para el bien de la Iglesia, el retorno del Papa a Roma, no dudó en aceptar la propuesta y se puso en camino hacia la lejana corte pontificia de Aviñón.

Antes de entrevistarse con el Papa, Catalina ya le había escrito una carta, enviándosela por medio de Raimundo de Capua, en la que sin tapujos y con claridad se expresaba así: «Os digo de parte de Cristo crucificado: tres cosas principales os conviene ejecutar con vuestro poder. Que del jardín de la santa Iglesia arranquéis las flores malolientes, llenas de inmundicia y de codicia, inflados de soberbia, que son los malos pastores y rectores [...] La otras dos son: vuestra venida a Roma y el desplegar el gonfalon de la santísima cruz». ¹² El 18 de junio de 1376 el Sumo Pontífice recibía a Catalina y a otras personas que iban con ella.

Este papa, Gregorio XI, todavía joven, hombre piadoso y de buena voluntad, ya se había propuesto reintegrarse a Roma, cosa que trataban de impedirle quienes le rodeaban. Prestó oídos a Catalina que supo hablarle con vigor y ardientes palabras. El consuelo y aliento que recibió de esta santa mujer le impulsaron a emprender el regreso a la Ciudad Eterna, venciendo enormes dificultades, pero contando con la colaboración del almirante aragonés Juan Fernández de Heredia, de la Orden de Malta. El 17 de enero de 1377 la nave papal llegaba junto a la basílica de San Pablo en Roma. Los buenos consejos de Catalina habían dado fruto.

12. *Le lettere di S. Caterina*, III, 148 ss.

El Papa pidió a Catalina que se trasladara a Roma, pues él había puesto en ella una especial confianza. Poca vida le quedaba a Inocencio XI, que falleció en Roma, dos años antes que Catalina, el 27 de marzo de 1378. Así ocurrió que la santa tuviera que conocer aún la triste situación de la Iglesia, ya que muy pronto se originaría la división de la Cristiandad europea que quedó fraccionada en dos obediencias, la que quedó bajo el verdadero papa Urbano VI, elegido en Roma, y la de Clemente VII que se estableció en Aviñón, al que no pocos se adhirieron, alegando que la elección anterior se había efectuado sin la debida libertad por parte de los cardenales.

Catalina siempre se mostró convencida de que Urbano VI era el papa legítimo. Ella ya no se alejó de Roma. Moraba con algunos de sus discípulos en una humilde casa cerca de la iglesia de los dominicos, *Santa María sopra Minerva*. Algunas veces visitaba con los suyos las catacumbas y se impresionaba con ardor al pensar que la sangre de los mártires había empapado aquella tierra santa y manifestaba que su mayor anhelo sería empapar con su propia sangre la pobre túnica que llevaba, si el Señor le concedía el don supremo del martirio. Toda su vida había sido ya generosamente entregada por amor a Jesús y a su Iglesia santa. Su glorioso tránsito ocurrió el domingo día 29 de abril de 1380.

En la festividad de san Pedro y san Pablo del año 1461 el papa Pío II, natural de Siena, canonizaba a Catalina de Siena, honra singular de su pueblo natal, pero sobre todo estrella fulgurante de toda la Iglesia, a la que ella amó con tan intenso y santo ardor. El beato Pío IX en 1859 hizo trasladar sus restos al altar mayor de la mencionada basílica; Pío XII la proclamó patrona de Italia, Pablo VI la declaró Doctora de la Iglesia y Juan Pablo II copatrona de Europa.

Benedicto XVI nos manifiesta el gran valor de su mensaje, diciendo: «De santa Catalina aprendemos la ciencia más sublime: conocer y amar a Jesucristo y a su Iglesia». ¹³

13. *Catequesis en la audiencia general*, 24-XI-2010.

Podemos ahora preguntarnos si estamos ya en el tramo final de ese camino de la negación que se inició en torno al árbol de la ciencia del bien y del mal. Para nosotros, que conocemos toda la Biblia desde el Génesis hasta el Apocalipsis, ninguna etapa de este camino puede constituir una sorpresa. Aceptamos con temor, pero también con confianza, las palabras inspiradas del Apóstol: «Que nadie en modo alguno os engañe, porque antes ha de venir la apostasía y ha de manifestarse el “hombre de la iniquidad”, el hijo de la perdición...» (2 Tes 2,3).

KAROL WOJTYLA: *Signo de contradicción*



AÑO DE LA FE 2012
2013

Una historia de conversión

Manuel García Morente

LAURA INDART LUNA

El 22 de abril de 1886 nació en un pueblo de Jaén Manuel García Morente, un hombre que buscó la verdad a lo largo de su vida y en quien triunfó al final de sus días la gracia de la conversión. Sus últimos años fue sacerdote, impensable tiempo atrás en una persona que vivía apartado de Dios dentro de una familia piadosa.

La poca fe que recibió en su infancia fue la que le transmitió su madre hasta los 8 años, edad en la que fue internado en un liceo de Bayona cuando volvían de París para establecerse en Granada. Pero ella falleció un año después así que no pudo continuar la formación cristiana de su hijo.

Así que, cuando comenzó el bachillerato francés, perdió la fe. Y los ambientes que le rodearon después en nada le iban a ayudar a recuperarla, más bien al contrario. Obtuvo el «grand prix» en sus estudios y después siguió en la Sorbona, con maestros espiritualistas, vitalistas, positivistas...filosofías éstas que no ayudan al entendimiento en su apertura a la fe.

Ya en tierra española, su destino fue la «Institución Libre de Enseñanza», cuyo fundador era un krausista. Querían que el krausismo fuese el sustituto del catolicismo en España: siendo en principio neutral en el terreno religioso, pero realmente contrario a la religión católica en la práctica. Es una filosofía cercana al panteísmo, que apuesta por la tolerancia académica frente a los dogmas.

Tras alcanzar el grado de catedrático en la «Institución», marchó a tierras alemanas donde su pensamiento se hizo kantiano, lo cual facilitó que se instalase de modo más firme en una postura agnóstica.

Comienza entonces para él una etapa llena de éxito en lo profesional, pues tan sólo con 25 años obtiene la cátedra de Ética en la Universidad de Madrid. Él mismo habla de este momento, tras su conversión: «la fe perdida, la soberbia de un pensamiento autónomo construyendo sistemas del universo sin Dios o, lo que es lo

mismo, con un Dios que de Dios sólo tiene el nombre. Luego, más triunfos todavía. A los veinticinco años, catedrático de la Universidad de Madrid. ¡El catedrático más joven de España! Y vertiendo pedantescamente en la cátedra, con suavidad escéptica, toda suerte de falsedades, errores».

También podemos decir que llega el éxito a su vida personal, pues contrae matrimonio con Carmen García del Cid, que era una mujer piadosa que vivió todo el tiempo que duró su unión rezando y ofreciéndose en silencio por la conversión de su marido. Dios no desoyó sus súplicas, si bien ella no estaba en la tierra para acompañarlo en ese gran día, sino que lo viviría con gran gozo desde el Cielo. Muchas veces, los tiempos de Dios no son los nuestros, pero lo cierto es que todas nuestras oraciones son escuchadas y atendidas.

Como queda reflejado en el siguiente escrito de su hija menor, la impiedad del padre era motivo de sufrimiento para todos ellos: «Era un domingo por la mañana, y yo, que había visto ir a misa a toda mi familia, no salía de mi estupor al ver a mi padre con su traje de casa sentado en su sillón, sin dar la menor muestra de salir a la calle (...) me dijeron que “eso” era una pena muy grande que teníamos (...) desde entonces me di cuenta que todas las alegrías que había en casa estaban siempre enturbiadas por esa angustia. Y nuestra confianza en la oración no desmayó nunca».

Siendo como era un hombre de gran talento, con mucha capacidad para expresar con claridad las ideas, su prestigio crecía de día en día. Era además un gran conocedor de la filosofía moderna y traductor de muchas obras de este periodo.

Así es que, cuando su esposa falleció, se centró aún más en su trabajo. También muere poco después su hermana mayor, quien le pidió antes de marchar que no rechazara la gracia de Dios si la recibía.



Por fin, tras mucho trabajo, fue nombrado decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid en 1931; sin embargo, no llegaban buenos tiempos para él. Eran años revueltos tanto política como religiosamente. La tragedia llegó a la familia en 1936, pues su yerno —al que apreciaba mucho— fue asesinado por pertenecer a la Adoración Nocturna, dejando a su esposa viuda con dos hijos muy pequeños teniendo ella tan sólo veintidós años. Vivía la familia atemorizada, sin apenas salir de casa. García Morente fue destituido de su cátedra y algunos, descontentos con la gestión de su decanato, decidieron acabar con su vida. Así es que, en cuanto tuvo noticia de esto, huyó a París.

Lleno de temor, angustiado, con mil dudas acerca de qué debía hacer para ayudar a sus hijas que permanecían en España, consiguió por medio de algunos contactos un trabajo en Argentina y la promesa de que el resto de su familia se podría reunir allí con él. Pero se torcieron estos planes y no pudieron obtener el permiso de salida. Así, él ya no soportó más su situación y sus ánimos decayeron profundamente.

Es en este momento cuando Dios irrumpe en su vida. Estando García Morente en este estado psicológico, comienza a pensar acerca del sentido de su vida, planteándose por un lado la posibilidad de una providencia divina, negándola después por completo desde tesis antiprovidencialistas y deterministas. Si admitía la providencia de Dios, era tan sólo con el Dios del deísmo, un Dios conocido por la razón, pero no un Dios Amor.

Entonces, habiendo aceptado que un Dios se movía tras los hechos de su vida, pero no desde el Amor hacia su criatura, llegó al punto de rebelión máxima, cuando pensó que solo de una manera podría rechazarlo: mediante el suicidio. Asustado de su propio pensamiento, intentó descansar su cabeza y su corazón escuchando la radio, y he aquí que sonó «La infancia de Jesús» de Berlioz. Cuando la música

cesó, la imaginación de García Morente se llenó de escenas de la vida de Jesús, terminando con Cristo crucificado extendiendo sus brazos sobre una multitud de personas.

Como él mismo dice en su testimonio, si bien esto no es fruto de un milagro sino de lo que la música produjo en su mente, tras este suceso recuperó su fe, porque pudo ver que Dios era así: «Ese es Dios, ese es el verdadero Dios. Dios vivo; esa es la Providencia viva. Ese es Dios, que entiende a los hombres, que vive con los hombres, que sufre con ellos, que los consuela, que les da alimento y los trae a la salvación». «Cristo sufriendo como yo, más que yo, muchísimo más que yo, a ése sí que lo entiendo y ése sí que me entiende. A ése sí que puedo entregarle filialmente mi voluntad entera, tras de la vida».

Entonces se llenó de paz, de alegría, de ganas de leer los Evangelios, de amor por el Señor: «¡Jesús, Jesús! ¡Bondad! ¡Misericordia!»

Tras esto, tuvo una experiencia que podríamos llamar «mística». Dios le favoreció de esta forma: se quedó dormido y, al despertar, tuvo la sensación de que algo iba a pasar en ese preciso momento. De pronto, lo sintió: Jesús estaba a su lado. Lo sintió vivamente, con un tipo de percepción que no era de los sentidos, pero de un modo muy claro y seguro. Sabía que era el Señor, porque lo sentía claramente con su alma. « (...) sí sé que no me atrevía a moverme y que hubiera deseado que todo aquello —Él allí— durara eternamente, porque su presencia me inundaba de tal y tan íntimo gozo, que nada es comparable al deleite sobrehumano que yo sentía (...) Era una caricia infinitamente suave, impalpable, incorpórea, que emanaba de Él y que me envolvía y me sustentaba en vilo».

Decidió entregar su vida a Dios, al principio teniendo en mente una orden religiosa, pero después pensó que sería sacerdote. Y así fue. Pasó un tiempo en Argentina, dando clases para mantener a su familia, y después volvió para llevar a cabo su propósito. En España fue recibido en la fe por el obispo de Madrid, quien le confesó y le dio de nuevo la Comunión.

Los dos siguientes cursos estudió a fondo —conoció por fin el tomismo— y se preparó espiritualmente. Muchas personas a su alrededor desconfiaban de la sinceridad de su conversión, pero con la gracia de Dios, fue ordenado sacerdote en 1940. Sin embargo, Dios lo llamó a la vida eterna en 1942, tan sólo dos años después.

En un escrito suyo de poco antes de morir, encontramos esta frase, que nos habla de cómo estaba su alma preparada para el encuentro con el Señor: «Debe ser muy dulce morir en la paz de Dios: entrar suavemente en la eternidad con la sonrisa en los labios».



AÑO DE LA FE 2012 2013

Los mártires, testigos de la fe

San Jacques Berthieu

FRANCESC M^a MANRESA I LAMARCA

En el fértil jardín de misioneros y mártires con que Francia embelleció la Iglesia del siglo XIX encontramos a san Jacques Berthieu, protomártir de Madagascar, canonizado el pasado octubre por Benedicto XVI en un «día de fiesta para la Iglesia entera, dichosa de celebrar los méritos y las virtudes de uno de sus hijos, sacerdote, religioso y misionero, predicador del Evangelio, heraldo de la Buena Nueva», como dijo el papa Pablo VI en el día de su beatificación.

Jacques Berthieu nació el 17 de noviembre de 1838 en una granja cercana a Polminhac, en la «Auvernia», en el seno de una familia numerosa profundamente católica. Siendo el mayor de los supervivientes de una familia de siete hermanos, aprendió en casa las labores del campo y el cuidado de la granja... en el fermento precioso del amor a Dios en la piedad familiar y el respeto a los mayores.

Sintiendo la vocación al sacerdocio a edad temprana, estudió en los seminarios menor y mayor de la diócesis de Saint-Flour, donde fue ordenado sacerdote en el año 1864. Su primer destino fue el de vicario en la parroquia de Roannes-Saint-Mary, donde reemplazó a un sacerdote ya anciano y enfermo.

Transcurriendo los años, se sintió atraído por la vida religiosa, hasta que recibió permiso del obispo para unirse al noviciado jesuita de Pau, en octubre de 1873. En Vals, donde siguió el segundo año de noviciado, se entusiasmó con los cursos impartidos por el padre Ramière, que le contagió el ardor con que difundía la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

En apenas dos años, Jacques Berthieu descubre en él una vocación misionera y muy pronto recibe de sus superiores su destino que comunica así a sus amigos: «He sido nombrado como futuro apóstol de los malgaches; dejaré Vals a finales de agosto y luego Marsella y Francia el 26 de septiembre, probablemente para no volver jamás, lo cual ya está bien para mí».

Su primer destino fue la isla de Santa María

(hoy Nosy Boraha), una isla «francesa» a lo largo de la costa noroeste de Madagascar, para estudiar la lengua malgache. Allí, junto con dos hermanos jesuitas y las hermanas de San José de Cluny, formaron un equipo misionero muy dinámico: comprometido en la ayuda a los más necesitados, enseñando el catecismo y administrando los sacramentos. Sin embargo, por la aplicación de los decretos antirreligiosos del gobierno francés de Jules Ferry, todas las órdenes religiosas «no autorizadas» (principalmente las de enseñanza) fueron expulsadas de territorio francés. De este modo, tras cinco años y medio de trabajo por el bien de las almas y de la sociedad francesa en la lejanía, es obligado a trasladarse, por fin, a la isla de Madagascar, entonces reino independiente.

Su nuevo destino en «la Gran Isla» es la misión de Ambohimandroso, la más alejada de Antananarivo (Tanananarivo). Durante los dos años que pudo permanecer allí, se entregó en cuerpo y alma a su rebaño, hablándoles de la vida eterna, llamándoles a una vida dispuesta a la santidad con especial insistencia en la enseñanza del matrimonio: en su unidad e indisolubilidad. Esto no sólo tenía que ver con las prácticas ancestrales de aquellas gentes, sino también con la «competencia» feroz que les hacían las Misiones protestantes inglesas y francesas, no tanto por su apostolado como por su influencia en los gobiernos y su presión legal por la que impedían, por ejemplo, que los niños pudieran pasar de escuelas protestantes a escuelas católicas.

La guerra colonial Franco-Hova truncó de nuevo su estancia en una misión y le obligó a trasladarse junto a una veintena de sacerdotes y religiosos hasta Tamatave, donde se prestó voluntariamente a ser capellán castrense a la par que recuperaba de nuevo su actividad misional en la zona. Pasaron trece meses hasta que el tratado de paz fue suscrito; Berthieu, ansioso por reunirse de nuevo con su «pobremente expuesta y abandonada grey», sin embargo,



fue nombrado superior de la misión de Ambrosita.

En 1886, la nueva misión contaba con seis parroquias; cinco años más tarde, al dejarla, la misión contaba con quince, había desarrollado la educación escolar, la agricultura de la zona, había formado catequistas, atendido a los leprosos, impartido los sacramentos y predicado incansablemente. Como él mismo decía, «había pasado cinco años y medio viviendo, trabajando y sufriendo allí». «Su caridad sacerdotal era tal que quienquiera que se acercara a él era profundamente conmovido: su desapego de cualquier posesión y la sencillez de su vida; su celo y su prontitud para atender a moribundos y aquellos que lo necesitaran; pero, por encima de todo, el asombro que producía en las gentes la vitalidad de la fe con la que hablaba de la vida eterna.»

Finalmente, su nuevo destino es Adrainarivo, al norte de Tananarivo, «a ocho horas de caballo a buen ritmo y sin entretenerse». Sin embargo, una segunda guerra franco-hova lo mantuvo de nuevo apartado de su rebaño. Esta vez fueron solamente trece meses; el retorno en 1895, sin embargo, no fue en un ambiente nada pacífico y pronto empezó una nueva rebelión, la de los menalamba («los que visten la roja lamba»), que quería imponer de nuevo el culto de los antepasados y eliminar la presencia francesa en la Gran Isla. Para ellos, como constataban con no poco gozo los superiores religiosos en sus cartas, francés y católico eran una misma cosa.

En marzo de 1896, una ofensiva cercana a la misión, obligó a la autoridad militar a evacuar la zona. Desde lo alto de una colina donde encontraron refugio, observaban cómo en la aldea abandonada precipitadamente las fuerzas rebeldes se dedicaban al pillaje e incendiaban a conciencia la escuela católica. En las semanas que siguieron pudieron ver cómo pueblos enteros eran incendiados y destruidos.

Después de permanecer junto a su pueblo todo lo que la salud se lo permitió, cayó enfermo y sus feligreses lo llevaron en brazos hasta Tananarivo. Allí pudo recuperarse y, convaleciente, hacer unos últimos Ejercicios espirituales antes de volver con los suyos el 21 de mayo infundiéndoles seguridad y serenidad sólo con verlo.

A primeros de junio, una nueva orden militar les obligó a huir hacia Tananarivo. El padre Berthieu renunció a su caballo para ofrecérselo a un empleado de la misión que estaba herido del pie y no podía caminar; renunció también a adelantarse con los soldados —que, despreocupados del pueblo, marchaban delante a mayor velocidad— y permaneció en todo momento con sus fieles, a quienes él gustaba de llamar «mes enfants», sin protección alguna.

Al día siguiente, el 8 de junio, fueron alcanzados y detenido el padre Berthieu, objetivo principal de los rebeldes y a quien requerían al grito de «où est l'étranger?». Lo separaron de sus cristianos, le asestaron un machetazo en la cabeza mientras los cristianos divorciados se vengaban de sus pasados reproches con insultos y agresiones; luego lo despojaron de la sotana y descubrieron su «amuleto»: era el crucifijo, que le arrancaron violentamente. Decidieron llevarlo a la capital y lo hicieron caminar muchos kilómetros; en su sufrimiento, al padre Berthieu solamente se le oía rezar por sus captores y llamarlos «hijos míos». Finalmente, cuando cayó exhausto le hicieron pasar por su última prueba: «Renuncia a tu estúpida religión. No engañes más a la gente. Te uniremos a nuestro grupo y te haremos nuestro jefe y consejero». Él, cayendo sobre sus rodillas, respondió: «No puedo en absoluto consentir con eso, hijos míos; prefiero morir». Entonces, apartándose de él le dispararon con sus fusiles, aunque no consiguieron matarlo. Instantes después, un tiro en la nuca le quitó definitivamente la vida. Su cuerpo fue arrojado al río Mananara por sus verdugos. Era el 8 de junio de 1896.

El día de su beatificación Pablo VI recordando las palabras del nuevo beato: «“En resumen, la misión progresa —escribía el padre Berthieu a su hermano en 1882—. Claro que los frutos no están más que en la esperanza en algunos lugares y poco visibles en otros. Mas, qué nos importa, con tal de que nosotros seamos buenos sembradores: Dios hará brotar a su tiempo”. El padre Berthieu y sus hermanos fueron buenos sembradores y Dios hizo madurar la cosecha. Una vez más en la Iglesia la sangre de los mártires ha sido semilla de cristianos, empezando por algunos de aquellos que le habían dado muerte y más tarde pedirán recibir el bautismo. Y el bienaventurado será el primero de una larga lista».



San Buenaventura

FRA VALENTÍ SERRA DE MANRESA, OFMCAP.

Giovanni Fidanza, el futuro fraile menor Buenaventura de Bagnoregio, según la opinión de los más expertos franciscanistas, habría nacido en torno del año 1217 en Bagnoregio, una pequeña localidad del Lacio. Siendo adolescente, Giovanni Fidanza fue sanado milagrosamente por la intercesión de san Francisco de Asís, canonizado hacía muy poco. En el año 1243 solicitó el ingreso en la Orden de los Menores, y después de una brillante carrera eclesiástica obtuvo, en 1257, el título de doctor y maestro de la Universidad de París.

El eminente historiador del franciscanismo, el capuchino Lázaro Iriarte de Aspurz, señaló que la vida de san Buenaventura, conocido como el Doctor Seráfico, corre en paralelo con la de santo Tomás de Aquino, el Doctor Angélico, desde el mismo año 1257 en que ambos obtuvieron el doctorado en París, hasta la muerte de los dos grandes maestros de la Escolástica medieval acaecida en 1274, con pocas semanas de diferencia, en el contexto de la celebración del II Concilio ecuménico de Lyon.

Fue también en el año de 1257, poco después de la obtención del doctorado, que Buenaventura de Bagnoregio fue elegido por el capítulo general de la Orden franciscana ministro general; un servicio fraterno que fray Buenaventura realizó con gran dedicación pacificando las tendencias opuestas que pululaban en el seno de la Orden de los Menores y promoviendo una gran expansión y consolidación del franciscanismo en una gran pluralidad de territorios. A lo largo de su acción como ministro general de la Orden franciscana, san Buenaventura destacó como un religioso que supo armonizar acción y contemplación. Dotado, además, de una peculiar prudencia en el gobierno pastoral, le valió el nombramiento en 1273 de obispo de Albano y cardenal de la Iglesia, con el compromiso de contribuir, a petición del papa Gregorio X, a la preparación de las sesiones del II Concilio ecuménico de Lyon, junto con la co-

laboración de santo Tomás de Aquino. Este concilio tenía como objetivo prioritario restablecer la comunión entre la Iglesia latina y griega.

Dentro de este Año de la Fe la figura de san Buenaventura emerge con una personalidad muy definida y propia, dado que a lo largo de su extensa producción teológica se muestra como un experto maestro de la fe y, a la vez, como un eximio contemplativo del misterio de Cristo, Dios y hombre verdadero. En efecto, tal como recientemente ha señalado el papa Benedicto XVI en sus catequesis, san Buenaventura supo contemplar «la inmensidad de Dios mediante el razonamiento y la admiración».

San Buenaventura vivió a lo largo del siglo XIII, en una época en que la fe cristiana había penetrado profundamente la cultura y sociedad de Europa, tanto, que para san Buenaventura no hay más que un maestro, Cristo, y una ciencia, la que une a Él, y por eso es muy significativo recordar que el título de la tesis que defendió Buenaventura de Bagnoregio para ser habilitado para la docencia de la teología, llevaba por título «Cuestiones sobre el conocimiento de Cristo», una temática que muestra el papel central que el misterio de Cristo, el cristocentrismo, tuvo siempre en la vida espiritual, proyección pastoral y enseñanzas de san Buenaventura.

Para el Doctor Seráfico todas las ciencias naturales se reducen a la filosofía, y ésta con ellas, a la teología; y la dogmática que se basa en la fe, se reduce a su vez a la mística que se basa justamente en la fe y en el conocimiento experiencial. Los dos ejes que estructuran el pensamiento de san Buenaventura son el ejemplarismo y el iluminatismo. Y como exponentes del pensamiento buenaventuriano, y a la vez obras maestras de la teología católica, debemos señalar el *Itinerarium mentis in Deum*, junto con el *Breviloquium* y las *Collationes in Hexaëmeron*; obras de gran calado teológico a las cuales aludió en una de sus hermosas catequesis el papa Benedicto XVI (la del día 3 de marzo de 2010),



«EN TI ESTÁ LA FUENTE DE LA VIDA»

Y tú, hombre redimido, considera quién, cuál y cuán grande es éste que está pendiente de la cruz por ti. Su muerte resucita a los muertos, su tránsito lo lloran los cielos y la tierra, y las mismas piedras, como movidas de compasión natural, se quebrantan. ¡Oh, corazón humano, más duro eres que ellas, si con el recuerdo de tal víctima ni el temor te espanta, ni la compasión te mueve, ni la compunción te aflige, ni la piedad te ablanda!

Para que del costado de Cristo dormido en la cruz se formase la Iglesia y se cumpliese la Escritura que dice: «Mirarán al que traspasaron», uno de los soldados lo hirió con una lanza y le abrió el costado. Y fue por voluntad de la divina Providencia, a fin de que, brotando de la herida sangre y agua, se derramase el precio de nuestra salud, el cual, manando de la fuente arcana del corazón, diese a los sacramentos de la Iglesia la virtud de conferir la vida de la gracia, y fuese para los que viven en Cristo como una copa llena en la fuente viva, que brota para comunicar vida eterna.

Levántate, pues, alma amiga de Cristo, y sé la paloma que labra su nido en los agujeros de la peña; sé el pájaro que encuentra su casa y no deja de guardarla; sé la tórtola que esconde los polluelos de su casto amor en aquella abertura sacratísima. Aplica a ella tus labios para que bebas el agua de las fuentes

cuando el Papa nos invitaba a recoger la herencia de este santo doctor de la Iglesia que, todavía hoy nos sigue recordando, en un contexto de profunda secularización, a través de sus escritos, llenos de unción espiritual, cuál es el sentido de la vida y de la existencia.

Con unas palabras de san Buenaventura, espigadas de sus *Opúsculos teológicos*, concluimos esta breve nota histórica, ya que pueden ayudarnos enormemente a vivir con profundidad nuestra experiencia creyente a lo largo de este Año de la Fe: «En la tierra podemos contemplar la inmensidad divina mediante el razonamiento y la admiración; en la patria celestial, en cambio, mediante la visión, cuando seremos hechos semejantes a Dios, y mediante el éxtasis entraremos en el gozo y la plenitud de Dios».

Acompañamos el escrito con un grabado de san Buenaventura representado con los atributos cardenalicios y sosteniendo una iglesia, a modo de *Doctor Ecclesiae*; una bella y sugerente iconografía de carácter popular para representar al santo doctor como «luz inextinguible de la Iglesia, y pastor de las cristianas ovejas», a quienes tanto ayudó, con su enseñanza, a experimentar los ardores y sentimientos del corazón divino de Cristo.

del Salvador. Porque ésta es la fuente que mana en medio del paraíso y, dividida en cuatro ríos que se derraman en los corazones amantes, riega y fecunda toda la tierra.

Corre con vivo deseo a esta fuente de vida y de luz quienquiera que seas, ¡oh, alma amante de Dios!, y con toda la fuerza del corazón exclama:

«¡Oh, hermosura inefable del Dios altísimo, resplandor purísimo de la eterna luz! ¡Vida que vivificas toda vida, luz que iluminas toda luz y conservas en perpetuo resplandor millares de luces, que desde la primera aurora fulguran ante el trono de tu divinidad!

¡Oh, eterno e inaccesible, claro y dulce manantial de la fuente oculta a los ojos mortales, cuya profundidad es sin fondo, cuya altura es sin término, su anchura ilimitada y su pureza imperturbable!

De ti procede el río que alegra a la Ciudad de Dios. Recrea con el agua de este deseable torrente los resecos labios de los sedientos de amor, para que con voz de regocijo y gratitud te cantemos himnos de alabanza, probando por experiencia que en ti está la fuente de la vida y tu luz nos hace ver la luz.»

SAN BUENAVENTURA:

Opúsculo 3, *El árbol de la vida*, 29-30.



Pequeñas lecciones de historia

Jesús y el pueblo judío (IX): dónde enseñaba Jesús

GERARDO MANRESA

EN Israel no había más que un santuario consagrado a Dios y éste era el Templo de Jerusalén. Solamente allí, se celebraba el culto a Yahvé con sacrificios cotidianos y allí se desarrollaban las ceremonias en las principales fiestas religiosas, la Pascua, los Tabernáculos y la Dedicación, en medio de una gran concurrencia de población venida no solamente de Palestina, sino de todos los países del mundo donde había comunidades judías.

Pero el principal hogar de la vida religiosa del pueblo judío era la sinagoga. La palabra griega *sinagôgê* significa «reunión», (como la palabra griega *ecclesia* significa «asamblea») y es la traducción de la expresión hebraica o aramea que significa «casa de reunión» o «casa de oraciones». Es decir eran locales donde los judíos se reunían para orar.

¿Desde cuándo existía la costumbre de reunirse para orar entre los judíos? No se puede decir exactamente, pero sin duda en Caldea durante el exilio (siglo VI a. de C.), cuando no tenían templo donde ir a orar buscaron la forma de reunirse para la oración. En tiempo de Cristo toda aldea judía en Palestina y fuera de Palestina, con comunidad judía, tenía una sinagoga. ¿Que se hacía? Rezar y cantar salmos, principalmente los sábados, pero también los segundos y quintos días de la semana, y leer y comentar los textos sagrados, la Ley y los Profetas. La importancia dada al estudio de la Ley aseguraba la preeminencia de los rabinos fariseos, pero todo judío instruido podía participar en la explicación de los versículos del día; todo judío que estuviera de paso, podía tomar la palabra, y era invitado a dar explicaciones de las novedades de su comunidad. En las reuniones de los primeros cristianos sucedía de igual forma con san Pablo y san Pedro.

Como todo judío piadoso, Jesús iba regularmente los sábados a la sinagoga. Él iba a rezar, a cantar los salmos, a escuchar la lectura y la explicación de la Ley y de los Profetas. Allí recibió las enseñanzas de los rabinos antes de tomar Él la palabra.

Desde que comenzó su ministerio evangélico, Jesús utilizó la costumbre judía que permitía tomar la palabra en las sinagogas para leer y comentar la Ley y los Profetas. Así lo atestiguan los cuatro evangelios en muchos lugares: Mc 1,21: *Llegan a Cafarnaúm. Al llegar el sábado entró en la sinagoga y se puso a enseñar.* Mt 4,23: *Recorría toda Galilea, enseñando en sus sinagogas.*

Lc 4,16-23: *Y (Jesús) vino a Nazaret, donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día del sábado y se levantó para hacer la lectura. Y sobre todo el testimonio del mismo Jesús: Jn 18,20: «Je-*

sús respondió (al gran sacerdote): Yo he hablado abiertamente al mundo, yo he enseñado en las sinagogas y en el Templo, allá donde todos los judíos se reúnen.»

También era una costumbre judía la predicación al aire libre, tal como se nos explica en los Evangelios. En la *Mishná* está dicho que hay muchedumbre en todos los sitios donde se predica y así predicaban los rabinos por las plazas de las ciudades y de los pueblos, en plena campiña, como en las sinagogas. Así también lo hizo Jesús, Mt 5,1: *Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó y sus discípulos se le acercaron. Y tomando la palabra les enseñaba diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu... Mt 13,1-3: Aquel día salió Jesús de casa y se sentó a orillas del mar. Y se reunió tanta gente que hubo de subir a sentarse en una barca y toda la gente quedaba en la ribera. Y les habló de muchas cosas en parábolas.*

Jesús también predicó en el Templo de Jerusalén. Para llegar al «lugar muy santo» del Templo, reservado para las ceremonias de culto, era preciso atravesar varios atrios, uno contiguo del otro. El más amplio era el atrio exterior o «atrio de los gentiles» verdadero fórum accesible tanto a los extranjeros como a los judíos. Los cambiadores de moneda, los mercaderes de pichones o gorriones estaban instalados con sus mesas y jaulas, alrededor de las cuales pasaban los peregrinos, deseosos de procurarse la buena moneda tiria, que era la única que se aceptaba en los cepillos del Templo. Este mercado estaba prohibido por los reglamentos, pero era tolerado por las autoridades sacerdotales. Los judíos disfrutaban paseándose, charlando y discutiendo bajo los porches del inmenso atrio, donde se podía también enseñar y rezar. Los judíos podían pasar a atrios más interiores donde podían seguir haciendo sus paseos y charlas.

También Jesús, como judío que era, podía entrar y enseñar en el Templo y así lo hizo como se muestra en los evangelios, ya bajo los pórticos del Atrio de los Gentiles, ya en el recinto sagrado, paseando, charlando, discutiendo confundiendo a sus contradictores: los saduceos y los fariseos. Mc 9,27: *«Y como (Jesús) se paseaba por el Templo, vinieron a Él los grandes sacerdotes y los ancianos...»* Mc 14,49: *«Yo estaba todos los días entre vosotros enseñando en el Templo y no me habéis cogido.»* Jn 8,2: *Desde la mañana (Jesús) volvió al Templo, y todo el pueblo venía a Él y sentándose les enseñaba* Jn 18,20: *(Jesús dijo): Yo he enseñado siempre en la sinagoga y en el Templo, allá donde los judíos se reúnen.*

Es decir que Jesús en toda su vida pública ejerció su ministerio en el marco religioso y cultural del pueblo al que pertenecía, el pueblo judío.

Después de la primera multiplicación

RAMÓN GELPÍ SABATER
www.christusregnat.com

Después de la primera multiplicación de los panes y los peces, que describíamos el mes pasado, la multitud entusiasmada quería proclamarlo rey: «... cuando los hombres vieron el milagro que había hecho dijeron: Este es realmente el Profeta que había de venir al mundo, mas Jesús, conociendo que vendrían a llevarlo por la fuerza para proclamarlo rey, se retiró de nuevo Él solo al monte ...» (Jn 6,14-15)

Jesús es Rey por derecho propio; es más, es Rey del universo y algún día ejercerá en este mundo y lo juzgará. Pero Jesús no quiere ser «rey» con minúscula. No quiere, como diríamos ahora «entrar en política» y ejercer de líder. Este es el Mesías que esperaban la mayoría de los judíos, especialmente pensando en que les librara del yugo del Imperio romano. Jesús rehúsa entrar en esta proposición, y despide a sus seguidores. San Marcos lo explica puntualmente, y nos da pie para seguir los movimientos de los discípulos, que se dirigieron a la orilla oriental del lago: «... inmediatamente mandó a sus discípulos a subir a la barca, para que pasasen antes que Él al otro lado del lago, hacia Betsaida, mientras Él despedía al pueblo. Así que le despidió retiróse a orar en el monte ...» (Mc 6,45-46).

Así pues, los Apóstoles se dirigen a Betsaida, mientras Jesús se queda orando en una de las ele-

vaciones del terreno, vecinas al monte de las Bienaventuranzas. Se hace de noche. Jesús los ve estando en oración, y se da cuenta de que están en medio del lago, remando con gran esfuerzo con el viento contrario. Desde el monte donde está Jesús no es posible distinguir una pequeña barca de pesca en medio del lago, aunque sea en la parte norte, cerca de la desembocadura del Jordán, pero además es de noche: es por tanto un hecho extraordinario, propio de su divinidad. Dice el evangelio de san Marcos:

«... viéndoles remar con gran esfuerzo, por serles contrario el viento, se llegó a ellos hacia las cuatro de la mañana, caminando sobre el mar y como queriendo pasar de largo junto a ellos. Ellos, al verle caminando sobre el mar, pensaron que era un fantasma y se pusieron a gritar, pues todos le vieron y se llenaron de espanto. Pero Él habló con ellos en seguida, diciéndoles: No perdáis el ánimo; soy yo, no temáis ...» (Mc 6, 48 - 50).

Esta situación tiene bastante paralelismo con el pasaje de la tempestad, que ya hemos comentado en otra ocasión (Mt 8, 23 - 27). En efecto, la barca no avanza porque el viento les es adverso. Sin duda el mismo viento del nordeste que sopla desde el Hermón. Es de noche, han estado todo el día en Tabga con Jesús y las muchedumbres a quienes han dado de comer, y la travesía de regreso se les ha puesto difícil. En el mapa se puede entender perfectamente cómo es esto posible.

En el evangelio de san Mateo hay un detalle que san Marcos no relata, referido al comportamiento fogoso de san Pedro: «... Le respondió Pedro: Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas. Y Él le dijo: Ven. Y Pedro bajando de la barca, iba caminando sobre el agua para llegar a Jesús. Pero viendo la fuerza del viento, le entró temor, y comenzando a hundirse clamaba diciendo: ¡Señor, sálvame! Al punto Jesús, extendiendo la mano, le cogió y le dijo: Hombre de escasa fe, ¿por qué has dudado? ...» (Mt 14,28-31). Este episodio da una muestra muy elocuente de este carácter del que va a ser el Primado del Colegio apostólico. Ya comentamos en alguna ocasión, que Jesús amó la buena disposición de



san Pedro, a pesar de sus flaquezas e incluso las negaciones en las que, por miedo, llegó a incurrir en un momento de la Pasión. En un próximo comentario veremos un acto de fe muy firme de Pedro, cuando Jesús promete la Eucaristía. Jesús, a lo largo de su vida pública le fue modelando para que, tras la venida del Espíritu Santo, pudiera ejercer finalmente el Primado de la nascente Iglesia, libre ya de sus temores e inconsecuencias.

El Maestro subió a la barca, con sus Apóstoles, y enseguida se calmó el viento; algo parecido a lo que ocurrió en el otro episodio de la tempestad. Los Apóstoles se postraron diciendo: «... *Verdaderamente, tú eres el Hijo de Dios ...*» (Mt 14,34). Ciertamente estaban estupefactos por el milagro de la multiplicación (así lo dicen los evangelistas) y este nuevo hecho extraordinario les deja anonadados.

Veamos ahora de enlazar con lo que en el próximo capítulo será la promesa de la Eucaristía ¿Adónde fueron después? Una vez Jesús en la barca, parece que debieron seguir hacia Betsaida; así les había indicado Jesús, mientras Él se quedaba orando en el monte. Pero ahora Jesús va con ellos. Recordemos que los que procedían en su mayoría de la región de Betsaida lo querían proclamar rey (un rey en sentido político). Nosotros podemos pensar, basados en el evangelio de san Marcos, que pudieron cambiar de rumbo, naturalmente a instancias de Jesús. Veamos el texto:

«... Terminada la travesía, tocaron tierra en Genesaret, donde atracaron. Y una vez que salieron de la barca, las gentes reconocieron a Jesús, recorrieron toda aquella comarca y comenzaron a llevar en camillas a los enfermos, allí donde se enterraban que estaba Él. Y donde quiera que entraban: aldeas, campos o ciudades, colocaban a los enfermos en las plazas, pidiéndole tocar siquiera la orla de su manto. Y los que le tocaban se curaban ...» (Mc 6,53-56)

Esto, naturalmente, es una suposición, ya que estamos utilizando alternativamente textos de más de un evangelista y esta combinación no tiene un rigor absoluto, pero para la lectura contemplativa podemos utilizarlo como composición de lugar. Esto nos «cuadrará» para enlazar con el evangelio de san Juan, cuando en el próximo comentario veamos cómo Jesús anuncia la Eucaristía, tras retornar a Cafarnaúm.

Esta población de Genesaret estaba naturalmente junto al lago de su mismo nombre, pero su ubicación exacta se desconoce. Se cree estaba entre Tiberíades y la zona de Tabga, no lejos del lugar en el que Jesús acababa de realizar el milagro de la multiplicación. Como veremos, desde allí fueron recorriendo los pueblos hacia el norte hasta Cafarnaúm, donde finalmente le encontraron los que le buscaban.

Vivimos una época en la que todo el mundo proclama la libertad de conciencia y la libertad religiosa; y también una época en la que la lucha contra la religión, definida como «opio del pueblo», se lleva a cabo de modo que no se creen —en lo posible— nuevos mártires. De este modo, el programa de la época es la persecución; pero, salvando las apariencias, la persecución no existe y hay allí plena libertad religiosa. Más aún, todo este programa ha sabido suscitar en muchos la impresión que se está de parte de Lázaro y contra el rico epulón; y, por tanto, de la misma parte en que se puso Cristo, aun estando como se está sobre todo contra Cristo. ¿Podemos decir verdaderamente: «sobre todo»? Querriamos sinceramente poder afirmar lo contrario. Por desgracia, los hechos demuestran claramente que la lucha religiosa existe y que por ahora esta lucha constituye un intocable dogma del programa. Parece también que el medio más necesario para realizar ese «paraíso en la tierra» consista en privar al hombre de la fuerza que saca de Cristo (cf. Rom 1,16; 1 Cor 1,18; 2 Cor 13,4; Flp 4,16): esta «fuerza» ha sido, en efecto, condenada sin apelación como debilidad indigna del hombre. Indigna, pero más bien incómoda. El hombre fortalecido con la fuerza que le confiere la fe no permite fácilmente que se le relegue al anonimato colectivo (2 Cor 12,9).

KAROL WOJTYLA: *Signo de contradicción*



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Próxima canonización de ochocientos mártires del siglo XVI

DURANTE el Consistorio ordinario público del pasado 11 de febrero, acto en el que el papa Benedicto XVI hizo pública su renuncia al ministerio de Obispo de Roma, el Santo Padre dio luz verde a la canonización de ochocientos mártires asesinados en el siglo XVI por los musulmanes del Imperio otomano.

Se trata de Antonio Primaldo y sus ochocientos compañeros, desconocidos pescadores, artesanos, pastores y agricultores de la pequeña ciudad italiana de Otranto, en la Apulia, cuya sangre fue derramada el 29 de julio de 1480. Ese día, a primeras horas de la mañana, desde las murallas de Otranto se hizo visible en el horizonte una flota de noventa galeras, quince mahonas y cuarenta y ocho galeotas, con dieciocho mil soldados a bordo. La armada, guiada por el bajá Agometh a las órdenes de Mahoma II (llamado Fatih, el conquistador de Bizancio en 1453), rodeó la ciudad más oriental de Italia, puente entre Oriente y Occidente y puerta de acceso hacia Roma, y tras quince días de asedio abrió una brecha en las murallas. Los otomanos irrumpieron en las calles como locos, masacrando a quien se le ponía a tiro. Llegados a la catedral, donde se había refugiado buena parte de los habitantes, derribaron la puerta y tras escuchar la exhortación del arzobispo Stefano para que se convirtieran, le cortaron la cabeza.

Entre los refugiados hubo uno de nombre Antonio Primaldo, sastre de profesión, avanzado de edad, quien, en nombre de todos los prisioneros, afirmó: «Todos creemos en Jesucristo, Hijo de Dios, y estamos dispuestos a morir mil veces por Él». Agometh, al oír tales palabras, decretó la condena a muerte de los ochocientos prisioneros, que a la mañana siguiente fueron conducidos con sogas al cuello y con las manos atadas a la espalda a la colina de la Minerva, donde tras repetir todos la profesión de fe y la generosa respuesta dada antes, fueron también decapitados. Antonio Primaldo, que estuvo animando a sus conciudadanos durante todo el tiempo, fue el primero en sufrir la pena capital pero milagrosamente y a pesar del empeño de sus asesinos, su cuerpo se mantuvo erguido hasta que fueron decapitados el resto de sus compañeros. Al ver tal prodigio, uno de los verdugos, de nombre Berlabeli, valerosamente cre-

yó en el milagro y, declarándose en alta voz cristiano, fue condenado a la pena del palo.

Inaugurada en Bolivia la mayor imagen de la Virgen María

El pasado 1 de febrero de 2013, coincidiendo con el inicio del carnaval, fue inaugurada en Oruro (Bolivia) la imagen más grande del mundo dedicada a la Virgen María, bajo la advocación de la Virgen del Socavón (Virgen de la Candelaria), patrona de los mineros y Reina del Folklore de Bolivia. Se trata de una colosal estructura de 45,5 metros de altura (siete metros más alta que el Cristo del Corcovado en Brasil) situada sobre uno de los cerros de Oruro que está a 3.740 metros sobre el nivel del mar y a unos 230 kilómetros al sur de La Paz. «Este monumento de fe –afirmó la alcaldesa de la ciudad, Rossío Pimentel, al inaugurar la obra– tiene una estructura antisísmica cuya solidez se sustenta en la fe inquebrantable y la fuerza de los orureños».

Durante la homilía del acto de bendición de la imagen y ante los miles de fieles que acudieron a la inauguración, monseñor Cristóbal Bialasik, obispo de la diócesis de Oruro, hizo notar que el pueblo orureño celebra el único carnaval en el mundo con un sentido religioso y que en sus raíces brota la expresión de la fe del pueblo. «No es un desfile más –afirmó– sino una peregrinación de fe, de arrepentimiento, de amor y devoción a la Virgen de la Candelaria. (...) Desde este cerro de Santa Bárbara, los orureños, movidos por la fe, queremos dar un mensaje a la humanidad, mensaje que no es nuevo, pero que es siempre vivo y actual, mensaje de Dios, de Jesucristo, mensaje de salvación: retornar al camino de Dios, de su Palabra, de los valores que tristemente muchos han olvidado. (...) Esta imagen recuerda y recordará para siempre el compromiso de fe que tiene el pueblo orureño con Dios y la Virgen María.»

Persecución católica en la Red

EL joven peruano Yhonatan Luque Reyes es el creador de la página web «Memes católicos» dedicada a la evangelización a través de creativas y sencillas imágenes diariamente compar-

tidas por miles de personas de todo el mundo en la red social Facebook. En una entrevista concedida el 17 de enero a ACIPrensa sobre su exitosa iniciativa, Yhonatan explicó que decidió diseñar los «Memes católicos» para disminuir la tensión de los debates de los que era testigo entre católicos y protestantes en Internet y que caían en un vacío, en ofensas y burlas. En pocos meses los ingeniosos memes lograron gran popularidad no solo entre sus amigos sino más allá de su propio país. «Ahora tengo mucha responsabilidad –afirmó Yhonatan– porque hay ciento once mil personas que esperan ver un mensaje que sea católico y que sea correcto. No puedo permitirme ligerezas o dejar las cosas a medias en cuanto a cuestiones doctrinales. (...) He notado que hay jóvenes que tienen mucha necesidad de conocer la fe católica y también son algo tímidos para ir a la parroquia y preguntar al sacerdote y encontrar una página como la mía en Facebook, que tiene esa doctrina católica les llama la atención. Internet es un espacio grande, los jóvenes están ahí y hay que conquistarlos, porque las páginas cristianas y anticatólicas están mandando mensajes falsos y a medias sobre el Papa, la Iglesia, y frente a esto hay que estar ahí para hacer llegar el Evangelio a más lugares y con eficacia».

Hace tres meses estuvo a punto de perder su página cuando Facebook le notificó que varios usuarios denunciaron su espacio porque supuestamente promueve un lenguaje que incita el «odio religioso». La red social le dio la alternativa de conservarla colocando la etiqueta [Humor polémico] delante del nombre «Memes católicos». Sin embargo, en los últimos días diversos grupos anticristianos convocaron en Facebook campañas para denunciar la página de Memes católicos ante la red social como «ofensiva», simplemente por no estar de acuerdo con los mensajes divulgados. La reacción de Facebook confirma que se dio cabida a la engañosa campaña y la página web ha sido censurada.

Yhonatan ha agradecido el apoyo proporcionado por las miles de personas que seguían su página a diario y quiso dar un mensaje a cada grupo de seguidores: «A los católicos, les pido que recuerden esa frase de la Biblia de “a quien mucho se le dio, mucho se le va a exigir” y a nosotros se nos ha dado todo, tenemos la Iglesia, se nos ha regalado los sacramentos, nos han dado a María, así que tenemos que enamorarnos de eso y ser consientes del gran regalo que tenemos. No podemos estar calladitos con la mirada baja mientras que el mundo entero nos quiere hacer creer que estamos equivocados, que somos demasiado cucufatos, etc. Enamórense verdaderamente de su fe católica que se nos ha dado mucho y el premio va a ser grande. A los no católicos y a los protestantes, los invito a que sigan visi-

tando mi página que se van a llevar muchas sorpresas con respecto a lo que enseña la Iglesia, porque lo que se dice de los católicos no es cierto, no adoramos a María, no tenemos al Papa como un dios... Si visitan la página van a encontrar mucho material que los va ayudar a aclarar esas cosas. Y a los anticatólicos o cristianófobos, también los invito a visitarla. Van a encontrar la Palabra de Dios modestamente como lo puedo mostrar, y la palabra de Dios nunca pasa vacía.

Motu proprio «Fides per doctrinam» y «Ministorum institutio»

LA Santa Sede ha dado a conocer recientemente la carta apostólica bajo la forma de *motu proprio* titulado *Fides per doctrinam*, firmada por Benedicto XVI el 16 de enero y a través del cual se modifica la constitución apostólica *Pastor bonus* y se traslada la competencia sobre la catequesis de la Congregación del Clero al Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización. En dicho documento, el Santo Padre afirma que «la fe necesita ser sostenida por una doctrina capaz de iluminar las mentes y los corazones de los creyentes. El momento histórico particular en que vivimos, marcado entre otras cosas por una dramática crisis de fe, requiere una toma de conciencia para responder a las grandes expectativas que surgen en los corazones de los creyentes ante las nuevas preguntas que interpelan al mundo y a la Iglesia. (...) La inteligencia de la fe, por lo tanto, requiere siempre que sus contenidos se expresen en un lenguaje nuevo, capaz de presentar la esperanza viva en los creyentes a cuantos pidan razón de ella. (...) En el cincuenta aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, mientras la Iglesia sigue reflexionando sobre la riqueza de la enseñanza contenida en sus documentos y encuentra nuevas formas de ponerla en práctica, es posible verificar el largo camino recorrido en estas décadas en el ámbito de la catequesis. Ha sido un camino que, sin embargo, en los años posteriores al Concilio, no ha estado exento de errores, incluso graves, tanto en el método como en los contenidos. Todo ello ha llevado a una profunda reflexión y conducido, así, a la elaboración de algunos documentos post-conciliares que representan una nueva riqueza en el campo de la catequesis. (...) La enseñanza conciliar y el Magisterio sucesivo, haciéndose intérpretes de la gran tradición de la Iglesia en esta materia, han unido de una forma cada vez más fuerte la catequesis al proceso de evangelización. La catequesis, por lo tanto, representa una etapa significativa en la vida cotidiana de la Igle-

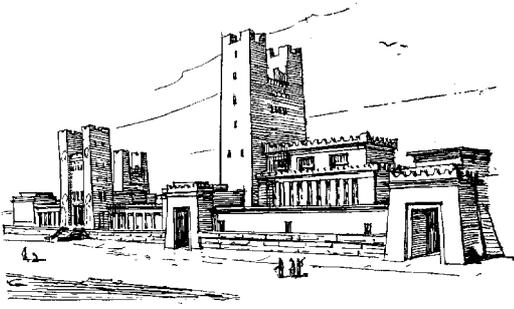
sia para anunciar y transmitir de forma viva y eficaz la Palabra de Dios, para que llegue a todos, y los creyentes sean instruidos y educados en Cristo para edificar su Cuerpo que es la Iglesia». Teniendo en cuenta que el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización ha sido el encargado de promover el uso del *Catecismo de la Iglesia católica*, como formulación esencial y completa del contenido de la fe para los hombres de nuestro tiempo, Benedicto XVI ha considerado «oportuno que ese dicasterio asuma entre sus tareas institucionales la de tutelar, por cuenta del Romano Pontífice, el relevante instrumento de evangelización que representan la catequesis y la enseñanza catequética en sus diversas manifestaciones para la Iglesia con el fin de lograr una acción pastoral más orgánica y eficaz. Este nuevo Pontificio Consejo podrá brindar a las iglesias locales y a los obispos diocesanos un servicio adecuado en esta materia». Por lo tanto, precisa el Papa, «aceptando la propuesta concorde de los presidentes de los dicasterios interesados he decidido transferir al Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización las competencias que, en

materia de catequesis, la constitución apostólica *Pastor Bonus* del 28 de junio de 1988, había encomendado a la Congregación para el Clero, con la misma jurisdicción que hasta ahora ejercía dicha congregación en esta materia y que requiere el Derecho canónico».

Por otra parte, mediante el *motu proprio Ministrorum institutio* el papa Benedicto XVI ha modificado también la constitución apostólica «Pastor Bonus» para trasladar la competencia sobre los seminarios de la Congregación para la Educación Católica a la Congregación para el Clero al considerar oportuno asignar a dicha Congregación la promoción y el gobierno de todo lo relacionado con la formación, la vida y el ministerio de los presbíteros y los diáconos; desde la pastoral vocacional y la selección de los candidatos a las órdenes sagradas, pasando por su formación humana, espiritual, doctrinal y pastoral en los seminarios y en los centros oportunos para los diáconos permanentes, hasta su formación permanente, incluidas las condiciones de vida y las modalidades del ejercicio del ministerio, así como su seguridad y asistencia social».

Así que el demonio no sorprendiera al hombre en un pecado tan manifiesto, haciendo lo que Dios había prohibido se hiciese si no hubiera él empezado a agradarse y a complacerse de sí mismo. Porque de aquí nació el complacerse en lo que le dijeron: «Seréis como dioses», lo cual pudieron ser mejor estando conformes y unidos con el sumo y verdadero principio por la obediencia, que no haciéndose ellos principio suyo por la soberbia, porque los dioses criados no son dioses por virtud propia, sino por participación del verdadero Dios. Cuando el hombre apetece más, es menos, y queriendo ser bastante para sí mismo declinó de aquel que era verdaderamente bastante para él. El mal de agradarse a sí mismo y complacerse el hombre, como si él fuera la luz, apartándole de aquella luz que, si quisiera, también haría luz al hombre; aquel mal, digo, precedió en secreto para que se siguiera este mal que se cometió en público; porque es verdad lo que dice la Escritura: «Que antes que caiga se sube y eleva el corazón, y antes que llegue a alcanzar la gloria se humilla y abate». La caída en secreto precede a la caída en público, no pensando que aquélla es caída; porque ¿quién imagina que la exaltación es caída, hallándose ya el defecto y caída al desamparar al Excelso? ¿Y quién no advertirá que es caída el traspasar evidentemente el mandato? Por eso Dios prohibió un hecho que, una vez cometido, no se pudiese excusar ni defender con ninguna imaginación de justicia, y por eso me atrevo a decir que es de importancia para los soberbios el caer en un pecado público y manifiesto, para que se desagraden de sí mismos los que, por agradarse y pagarse de sí, incurrieron en el más enorme reato. Más útil e importante le fue a Pedro el desagradarse de sí cuando lloró que el agradarse y pagarse de sí cuando presumió, y esto es lo mismo que dice el santo real profeta: «Cárgalos, Señor, de confusión e ignominia para que busquen tu nombre», esto es, para que tú les agrades y se paguen de ti buscando tu nombre, los que buscando el suyo se agradaron y pagaron de sí.

SAN AGUSTÍN: *La ciudad de Dios*, libro XIV, cap. XIII



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Cuarenta años de aborto legal en los Estados Unidos

EL pasado 22 de enero se cumplieron 40 años desde la sentencia del caso Roe v. Wade con la que el Tribunal Supremo de los Estados Unidos imponía el aborto libre en su país. Desde entonces más de 55 millones de niños han sido asesinados en Estados Unidos antes de nacer. Como dato para reflexionar, en la actualidad los negros y los latinos representan el 25 % de la población estadounidense pero suponen el 59 % de todos los abortos realizados en el país.

Es interesante notar que el caso debatía el recurso al aborto de una joven, identificada con el seudónimo «Jean Roe», que había sido violada. Ahora sabemos que todo era un montaje: «Jean Roe» salió a la luz pública, se llama Norma McCorvey, y ha declarado públicamente que mintió en el proceso, pues no había sido violada. Su arrepentimiento le llevó a la fe católica y a la militancia pro-vida. Precisamente uno no puede dejar de ver la mano del Padre de la Mentira en el reiterado recurso a las medias verdades, al eufemismo, a la poca transparencia que siempre han acompañado la promoción del aborto.

Los promotores del aborto en los años sesenta y setenta del siglo pasado, además de basarse en estadísticas falsas, argumentaban los efectos benéficos del aborto afirmando que gracias al mismo todos los niños serían deseados, habría menos maltrato infantil y se reducirían los nacimientos fuera del matrimonio. Obviamente hubo quien señaló entonces la falsedad de estas afirmaciones; ahora, tras cuatro décadas de aborto libre, la realidad se impone: el maltrato infantil ha aumentado (de hecho, el National Center on Child Abuse and Neglect ha documentado un aumento del 1000 % en el maltrato infantil después de la sentencia Roe v. Wade) y los nacimientos fuera del matrimonio también, hasta casi alcanzar el 40 % del total de nacimientos en Estados Unidos.

Si bien el horror de las cifras de los asesinados por el aborto no puede ser mitigado, es de justicia señalar la reacción de millones de estadounidenses

que no se han resignado a ver su país convertido en un campo de exterminio prenatal y han dado vida a un poderoso movimiento en defensa de la vida que, si bien no ha podido revertir la situación, sí ha sido capaz de frenar múltiples ataques a la sacralidad de la vida humana, de evitar la normalización social de este crimen e incluso ha conseguido promover medidas en defensa de la vida. Las restricciones cada vez mayores a los centros abortistas, la obligatoriedad de contemplar imágenes por ultrasonido de los bebés que se quieren abortar o de un periodo de espera para que las mujeres puedan reflexionar sobre su decisión, son medidas introducidas en las legislaciones de numerosos estados, parciales e incompletas pero que al menos han conseguido salvar vidas y hacer reflexionar sobre la verdadera naturaleza del aborto. Además se han erigido a lo largo de todo el país centenares de memoriales en recuerdo de las víctimas del aborto y se han abierto más de tres mil centros para ayudar a las mujeres embarazadas con problemas.

Por el contrario, los defensores del aborto durante estas décadas se han cerrado en banda, incluso resistiéndose a que las mujeres recibieran información sobre lo que iban a hacer, convirtiendo el derecho al aborto, el derecho a matar a un hijo, en una especie de dogma secular. Esta brutalidad ha influido, sin duda, en el creciente número de personas en Estados Unidos que se declaran pro-vida (más de la mitad), especialmente entre los jóvenes, tal y como se puede comprobar en la masiva manifestación que bajo el nombre de Marcha por la Vida se celebra en Washington DC cada último viernes de enero.

Más allá de las pequeñas victorias pro-vida, y cada vida salvada lo es, la batalla que se libra en torno a la sacralidad de la vida humana no se puede ganar más que con ayuno y oración. Así lo acaba de recordar el presidente del comité pro-vida de la Conferencia Episcopal de Estados Unidos, cardenal Sean P. O'Malley, al señalar que «unos corazones en constante oración y penitencia deben ser la base de los esfuerzos para recuperar el verdadero respeto por la vida en Estados Unidos».

En torno a la matanza de Newtown

EL pasado 14 de diciembre el mundo se conmovió con la noticia de que Adam Lanza, un joven de veinte años de edad, entró en la escuela primaria de Newtown, Connecticut, en la que había estudiado de niño y asesinó a seis adultos y veinte alumnos, en una de las peores masacres de la historia de Estados Unidos. A continuación se abrió un intenso debate acerca de las limitaciones a la posesión de armas de fuego. Al menos por unos días todos estuvieron de acuerdo en que es necesario tomar medidas para hacer más difícil que estas masacres se repitan; no obstante, cuando se pasa a las políticas concretas que se debieran impulsar ese consenso se quiebra. Lógico, si comprendemos que la política es el reino de la prudencia y no un territorio para desplegar absolutos utópicos. Así, si hay quien propugna la prohibición total de las armas, hay también quien defiende que la solución a este tipo de sucesos es que todos los adultos vayan armados. De hecho, esto ya es así en Israel, donde los profesores en determinadas zonas van armados, con excelentes resultados en términos de disminución, tanto del número de ataques, como de la capacidad para segar vidas humanas en caso de producirse. Por otro lado, el argumento de que la prohibición de portar armas deja desarmado al débil, mientras que los delincuentes siempre van a llevarlas, no puede despreciarse sin más: de hecho, en Estados Unidos se dan más de dos millones de casos de autodefensa al año.

Todo esto no supone que no sean posibles ni convenientes mayores restricciones, particularmente en determinado tipo de armas especialmente letales. Algunas restricciones, como el no acceso a ciertas armas por parte de personas diagnosticadas con algún desequilibrio mental, fueron eliminadas no hace tanto siguiendo las teorías que afirman que la enfermedad mental no es más que una construcción social impuesta por la ideología dominante. Tampoco hay que olvidar que conseguir eliminar por completo el acceso a las armas es imposible: en el caso de la matanza de Newtown, el asesino accedió al arsenal que su madre, divorciada y seguidora de un grupo que esperaba el fin del mundo según las predicciones del calendario maya, había almacenado.

En efecto, quien asesina no es el arma, mero instrumento, sino la persona que la emplea. Un dato viene a confirmar que más que fijarnos en los instrumentos deberíamos atender a las personas: en Estados Unidos hubo el año pasado más asesinatos usando un martillo que un fusil de asalto como el empleado en Newtown. Cualquier cosa se convierte en arma en manos de quien ha decidido cometer un asesinato.

Por otro lado, hay un elemento relevante sobre el

que se guarda silencio: en todas las masacres de este tipo cometidas en las últimas décadas el asesino tenía una familia rota. Esto, obviamente, no significa que una familia rota empuje hacia el asesinato, pero sí que la epidemia de rupturas matrimoniales es un factor para nada inocuo, sino que produce un profundo dolor en los hijos y en algunos casos específicos personalidades proclives a este tipo de actuaciones. Por mucho que se quiera ocultar, la familia configura la personalidad de las personas de modo profundo y si esa primera comunidad en la que el niño encuentra seguridad se rompe, no se puede pretender que no habrá consecuencias.

Tampoco puede obviarse que vivimos cada vez más en un mundo en el que la violencia es glorificada, empezando por los videojuegos y acabando por las películas más taquilleras. La cuestión es, pues, más profunda y no se agota en el campo técnico, ni siquiera legislativo. Como el cardenal de Nueva York ha afirmado, existe una «cultura de la violencia que infecta a nuestro país». Es la misma cultura que, aunque muchos se escandalicen con la conexión, da nacimiento a las prácticas abortivas. Como dijera la Madre Teresa de Calcuta, parafraseando a Dostoyevski, «si el aborto no está mal, entonces nada está mal».

Mali: un nuevo Afganistán a las puertas de Europa

YA habíamos advertido aquí de la peligrosa deriva que se estaba produciendo en Mali, con cada vez más territorio convertido en nuevo santuario del terrorismo islamista. La precipitada decisión de François Hollande de enviar tropas francesas para recuperar el control de la situación ha vuelto a poner a este país en el centro de la atención mundial.

Mali es un extenso territorio (dos veces y media España), con fronteras artificiales típicas del proceso descolonizador y quince millones de habitantes sumidos en la pobreza. De cultura francesa y religión musulmana, los acontecimientos que han desatado la reciente crisis se sitúan en la parte nororiental del país, desértica (Sahara) o semidesértica (Sahel), que recibe el nombre de Azawad, donde está la histórica ciudad de Tombuctú y que representa dos tercios de la superficie del país pero alberga a menos del 10 % de la población, con predominio tuareg.

Aunque desde su independencia en 1960 el país ha tenido una historia agitada, la situación se agravó en marzo del 2012, cuando, tras un típico golpe militar en Bamako, grupos tuaregs aprovecharon para declarar en abril la independencia del Azawad, apo-

yados por una organización islamista local, Ansar Dine, que poco tiempo después se hizo con el control del territorio, donde han impuesto un islam purista y riguroso. La revuelta en Libia, la guerra civil generada de inmediato y la intervención militar exterior que permitió a los rebeldes imponerse sobre el régimen de Muammar El Gadaffi, han tenido consecuencias en toda la región. La Libia de Gadaffi fue durante años polo de atracción de trabajadores extranjeros y asimismo las Fuerzas Armadas libias contaban con muchos extranjeros. Con la caída del régimen gadafista no pocos inmigrantes y militares sahelianos encuadrados en las fuerzas libias volvieron a sus países de origen, agravando la situación de estos. Parte de esos inmigrantes y militares eran de origen tuareg; mientras el mundo festejaba con precipitación la bautizada como «primavera árabe», la inestabilidad se hacía aún más profunda en el convulso Sahel, y en particular en el norte de Mali.

Como hemos señalado, en primer lugar fue el grupo tuareg MNLA (Movimiento Nacional de Liberación del Azawad) el que lideró la independencia del norte del país, pero pronto se le sumaron grupos yihadistas, principalmente Al Qaeda en las Tierras del Magreb Islámico, AQMI, MUYAO y los citados Ansar Dine. Tras la victoria, estos grupos se impusieron sobre el MNLA, rechazando la creación de un estado tuareg y reconociendo sólo la bandera negra islámica con la inscripción de la profesión de fe. Allí, además, crearon un santuario para refugio y entrenamiento de grupos islamistas y desde donde se ha desarrollado una creciente actividad de todo tipo de tráfico ilícitos: seres humanos, drogas, armas, marfil, diamantes... y su actividad más lucrativa, los secuestros de extranjeros occidentales. Ante esta situación, el endeble ejército de Mali, compuesto por sólo siete mil hombres, se ha mostrado impotente para recuperar el control de la zona.

El año 2012 terminaba con unos yihadistas salafistas envalentonados y una comunidad internacional sumida en farragosas negociaciones. A principios de enero elementos de los tres grupos islamistas emprendían su avance hacia el sur, ocupando tres cuartas partes del país y amenazando con la toma de la capital, Bamako. Fue entonces cuando Hollande decidió intervenir, abandonando ante las circunstancias sus discursos de rechazo a un supuesto «neocolonialismo» y a los gobiernos fruto de un golpe de Estado y desplegando una fuerza militar francesa en Mali. Francia, guiada por sus intereses en la zona (rica en petróleo, gas y uranio) aprove-

chó unas vagas declaraciones de Naciones Unidas y se las apropió como fuente de legitimación internacional, aprovechando que nadie estaba dispuesto a poner objeciones (aunque tampoco a involucrarse). El Elíseo admitió desde el primer momento que las decisiones se habían precipitado y que pretende que su intervención sea limitada, algo que no será fácil. El primer objetivo, alcanzado rápidamente, ha sido rechazar el avance de los islamistas sobre la región meridional, en la que vive el 90% de la población del país, y confinarlos a las áridas extensiones del Azawad, la zona NE, aproximadamente de la extensión de Francia.

La reacción islamista inicial ha sido asesinar a algunos secuestrados occidentales y, en una atrevida operación, tomar nuevos rehenes en una refinería en el sur de Argelia (el grueso de mandos y de operativos de AQMI y del MUYAO son argelinos que en su día combatieron al régimen que controla el país), que el ejército argelino ha recuperado a sangre y fuego. Pero Francia, lejos de detener su avance, ha decidido que sus soldados prosigan hacia el norte, recuperando el control de las principales ciudades hasta ahora en manos de los islamistas. Por su parte, las milicias islamistas no han presentado batalla y se han replegado hacia sus bases en el desierto y hacia países limítrofes, con lo que el riesgo de desestabilizar Níger, Argelia, Libia o Mauritania es un peligro real. La gran incógnita ahora es cuánto tiempo permanecerán las tropas francesas en Mali: mantenerse allí supone exponerse a un riesgo creciente, pero irse prematuramente, sin conseguir que el ejército de Mali sea capaz de asegurar su territorio, significaría retornar al punto de partida.

Señalar por último el fracaso, una vez más, de la política estadounidense en la región. Como la doctrina Obama es que las guerras deben mantenerse alejadas del radar de la opinión pública, Estados Unidos se ha limitado a invertir dinero (unos seiscientos millones de dólares), tiempo (cuatro años) y efectivos en instruir al ejército maliense. El resultado ha sido la incapacidad de éste para defenderse, la defección a los rebeldes de varios militares y el golpe de Estado del capitán Sanogo. Es por ello que haya ya quien señale que la precipitada intervención de Hollande se debe a la necesidad de sacar las castañas que Obama puso en el fuego. En cualquier caso, es poco probable que la presencia islamista se desvanezca, por lo que se puede augurar un futuro agitado en una región que está tan sólo a 2.300 kilómetros del sur de España.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

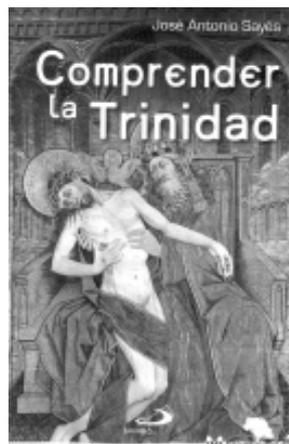
Este mes recomendamos:



33 días para consagrarse a Jesús por María

Autor: Françoise Breynaert
Editorial: Edibesa
131 páginas
Precio: 12,00 €
Cada día, un breve tiempo de oración y meditación y confiar a María un aspecto concreto de la vida: un tema material, un trabajo, una relación, un asunto espiritual, para que progresivamente la gracia de Dios anime todas las dimensiones de la existencia. Un camino de 33 días inspirado en un recorrido bíblico, en la subida al Monte Carmelo de

san Juan de la Cruz, y en san Luis M^a Grignion de Montfort, que tuvo la idea de un camino de 33 días para consagrarse a Jesucristo por María.

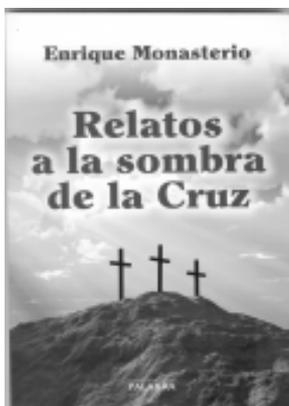


Comprender la Trinidad

Autor: José Antonio Sayés
Editorial: San Pablo
160 páginas
Precio: 11,00 €

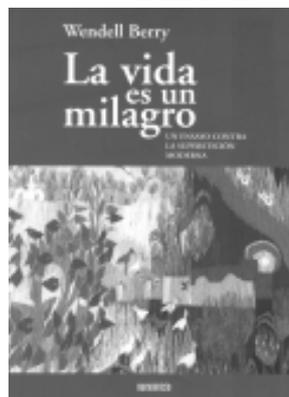
Este libro permite a los seglares y también a religiosos y a sacerdotes un fácil acceso al misterio de la Trinidad, el misterio cristiano por excelencia y quizá el más impenetrable de todos. Tras hacer un breve repaso de la visión que se da de la Trinidad en las Escrituras, en la Tradición y en la teología, el autor se apoya en la Encarnación y en los conceptos de persona y natura-

leza para ofrecer una comprensión más clara y pedagógica de este misterio. Se centra después en el Espíritu Santo, que no es solo la consecuencia del amor del Padre y del Hijo, sino que tiene también un papel activo en el seno de la Trinidad.



Relatos a la sombra de la Cruz

Autor: Enrique Monasterio
Editorial: Palabra
160 páginas
Precio: 14,00 €
Estos relatos nacen de la oración de su autor ante la cruz, siguiendo la misma lógica que le llevó a escribir *El Belén que puso Dios*. Aquel Niño con el que jugábamos en el portal va a morir en una cruz y es preciso acompañarle. Los actores de esta tragedia son muy diferentes, no hay pastores ni estrellas, ni coros de ángeles cantores. Hay, sí, un borrico; y está María Santísima, siempre joven y hermosa, pero bañada en lágrimas. Entre los demás personajes hay de todo: buenos y malos.



La vida es un milagro

Autor: Wendell Berry
Editorial: Nuevo Inicio
218 páginas
Precio: 16,00 €

Una defensa de la necesidad de la pertenencia y del amor a las personas y a los lugares concretos para que pueda florecer una vida que pueda llamarse verdaderamente humana. En memoria de Lionel Basney (1946-1999), este libro parte de esta afirmación tan sugerente como elocuente: «No es que estemos consiguiendo algo sin dar nada a cambio; es que no estamos consiguiendo nada a cambio de todo».

siguiendo algo sin dar nada a cambio; es que no estamos consiguiendo nada a cambio de todo».

CONTRAPORTADA

El Espíritu Santo suscita en nosotros la esperanza

El Espíritu Santo, derramado «sin medida» por Jesucristo crucificado y resucitado, es «aquel que construye el Reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena manifestación en Jesucristo (...) que se dará al final de los tiempos» (*Tertio millennio adveniente*, 45). En esta perspectiva escatológica, los creyentes están llamados, durante este año dedicado al Espíritu Santo, a redescubrir la virtud teologal de la esperanza, que «por una parte, mueve al cristiano a no perder de vista la meta final que da sentido y valor a su entera existencia y, por otra, le ofrece motivaciones sólidas y profundas para el esfuerzo cotidiano en la transformación de la realidad para hacerla conforme al proyecto de Dios» (ib., 46).

San Pablo subraya el vínculo íntimo y profundo que existe entre el don del Espíritu Santo y la virtud de la esperanza. «La esperanza –dice en la carta a los Romanos– no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5, 5). Sí; precisamente el don del Espíritu Santo, al colmar nuestro corazón del amor de Dios y al hacernos hijos del Padre en Jesucristo (cf. Gal 4, 6), suscita en nosotros la esperanza segura de que nada «podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rm 8, 39).

[...]

Jesús, constituido Cristo y Señor en la Pascua (cf. Hch 2, 36), se convierte en «espíritu que da vida» (1 Cor 15, 45), y los creyentes, bautizados en Él con el agua y el Espíritu (cf. Jn 3, 5), son «reengendrados a una esperanza viva» (1 Pe 1, 3). Ahora, el don de la salvación, por medio del Espíritu Santo es la prenda y las arras (cf. 2 Cor 1, 21-22; Ef 1, 13-14) de la plena comunión con Dios, a la que Cristo nos lleva. El Espíritu Santo –dice san Pablo en la carta a Tito– ha sido derramado «sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo, nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, fuésemos constituidos herederos, en esperanza, de vida eterna» (Tt 3, 6-7).

[...]

La existencia cristiana crece y madura hasta su plenitud a partir de aquel «ya» de la salvación que es la vida de hijos de Dios en Cristo, de la que nos hace partícipes el Espíritu Santo. Por la experiencia de este don, tiende con confiada perseverancia hacia el «aún no» y el «aún más» que Dios nos ha prometido y nos dará al final de los tiempos. En efecto, como argumenta san Pablo, si uno es realmente hijo, entonces es también heredero de todo lo que pertenece al Padre con Cristo, el «primogénito de entre muchos hermanos» (Rm 8, 29). «Todo lo que tiene el Padre es mío», afirma Jesús (Jn 16, 15). Por eso, Él, al comunicarnos su Espíritu, nos hace partícipes de la herencia del Padre y nos da ya desde ahora la prenda y las primicias. Esa realidad divina es la fuente inagotable de la esperanza cristiana.

JUAN PABLO II: audiencia del miércoles,
11 de noviembre de 1998